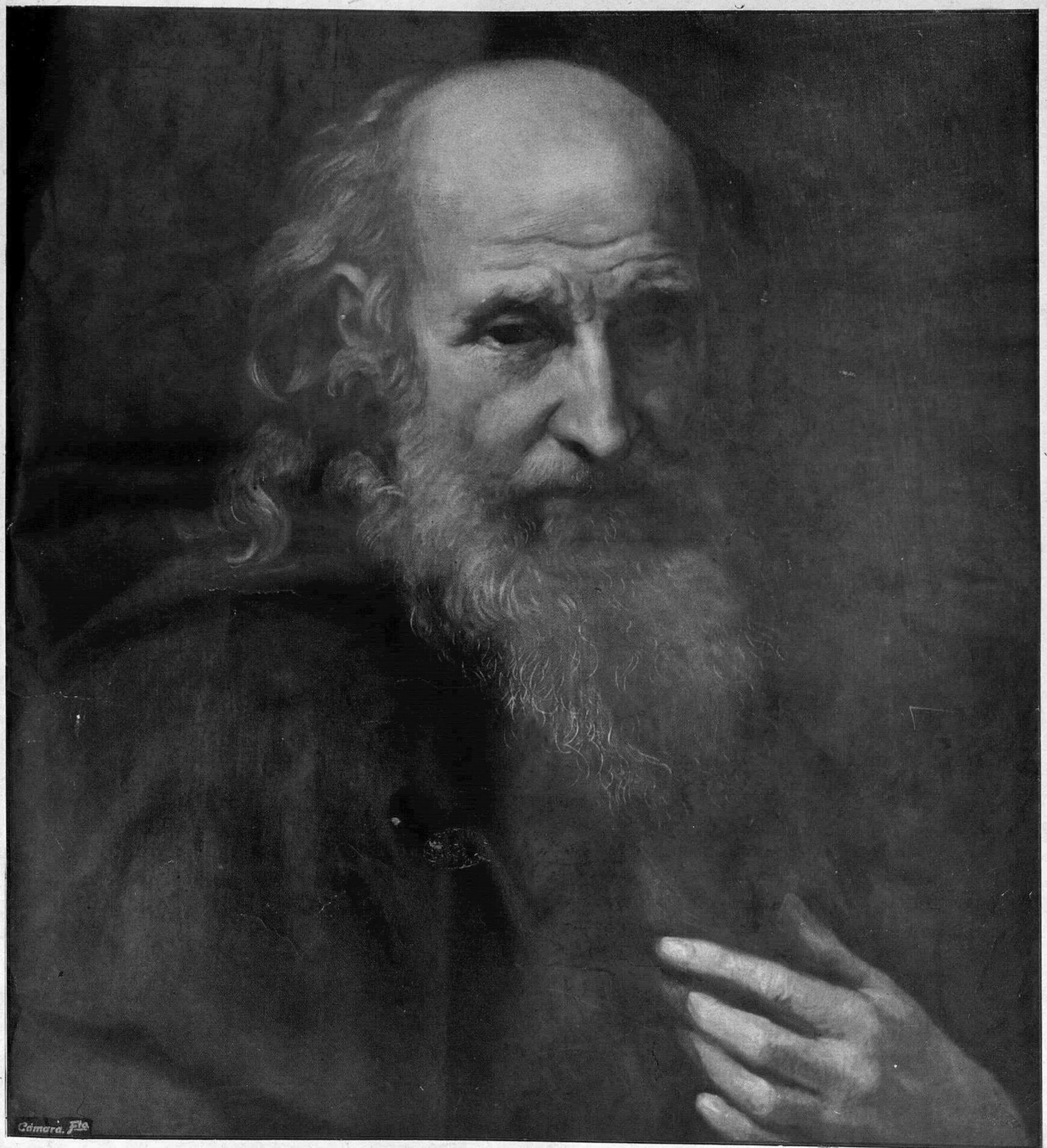


Folleto número 81, 816, 834

4 AGOS. 1929

La Esfera

1929
2



Cámara. Fla

El dibujo que vive



Cuando vea un anuncio
que destaque entre los
demás, fíjese debe ir
firmado así:
PUBLICITAS

HAY un dibujo especial, destinado a producir intensa y rápidamente una emoción: es el dibujo publicitario.

Los maestros de la pintura fracasarían dibujando anuncios. Hace falta una especialización, una disposición estimulada por la práctica.

Dibujar un anuncio no ha merecido nunca una primera medalla, pero ha contribuido a fomentar la riqueza de no pocos anunciantes.

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es un artista de multiforme capacidad y originalidad inagotable. Sabrá dar vida a lo que usted imagina, a lo que usted trasladaría al papel, de ser dibujante, para anunciar su Casa, sus productos, su negocio.

La Sección Técnica de PUBLICITAS crea dibujos que dan en el blanco.

PUBLICITAS

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PELAYO, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

DEL CONCURSO DE ELEGANCIA

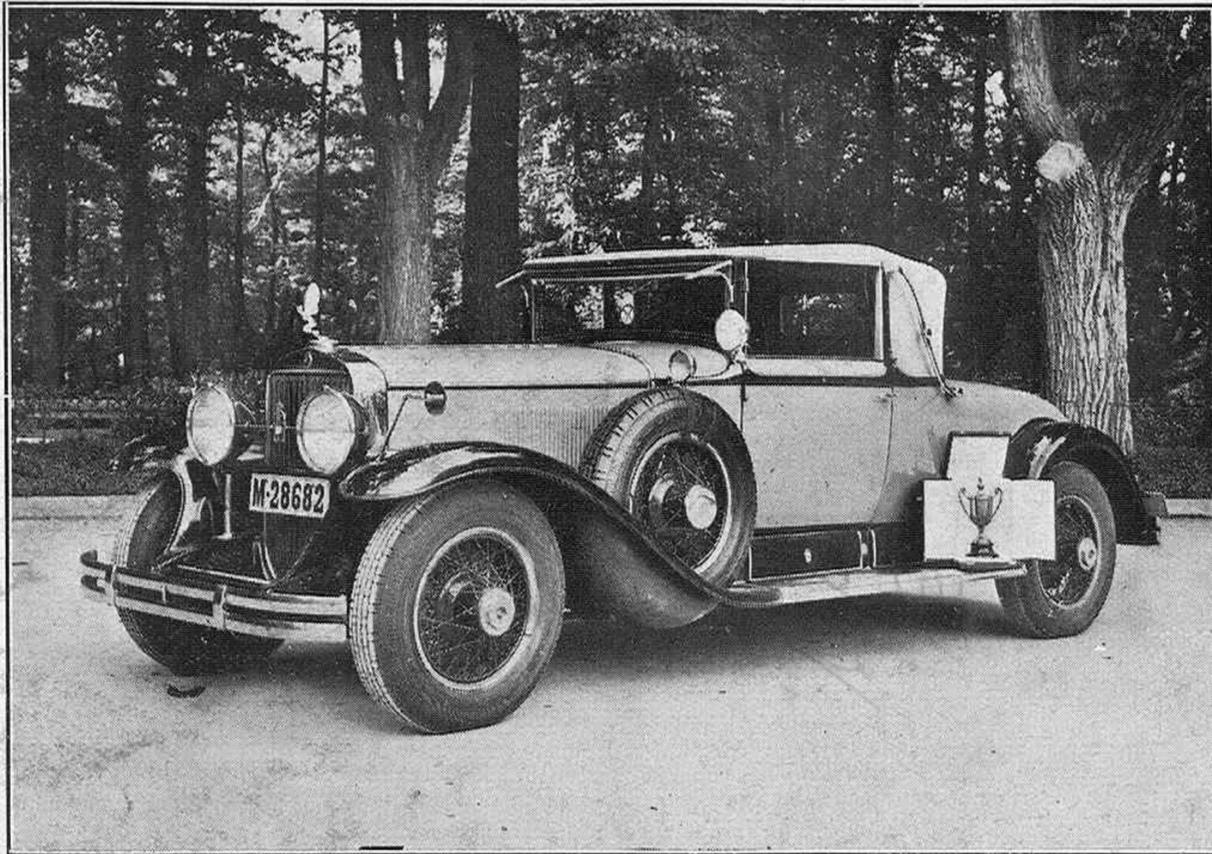
EL COCHE "CADILLAC", VISTO POR EL JURADO

Fué una fiesta brillante la celebrada días pasados en el Paseo de Coches del Retiro. Y lo fué en todos sus aspectos. La calidad del festejo ya nos lo hacía presumir. Multitud de coches acudieron á disputarse los premios. Hubo mucho público, gran lujo y una cantidad de caras bonitas que eran la locura: una verdadera tentación de gracia y belleza.

El programa, muy interesante, todo él resultó á maravilla; pero lo que, á nuestro juicio, constituyó un éxito completo, fué el concurso de elegancia, tanto por el número de coches presentados, cuanto por la belleza de líneas de todos ellos. Era difícil elegir. Los había para complacer al más exigente. Dijérase que lo más coquetón, lo más lujoso y confortable, lo más perfecto y moderno de cuantos coches se lanzan á rodar por el mundo, se habían dado cita la otra tarde en el Retiro.

Las principales marcas, los modelos de gusto más depurado, estaban allí representados.

El Jurado, compuesto por personas muy com-



El elegante «Cadillac», cupé dos plazas, propiedad de D. Emilio Gutiérrez Bringas, con la copa de plata, primer premio de coches, que le fué otorgada en el Concurso de Elegancia del Retiro (Fot. Ragel)

petentes, hubo de hacer un examen muy meticoloso para dar su fallo. Ante él fueron desfilando coches y más coches, todos ellos rivalizando en elegancia, en perfección de línea, en carrocería, en confort... Pero, al igual que sucede en las horas

vocó grandes y unánimes aplausos.

Y el Jurado, dando una prueba más de su gran competencia en la calificación, premió la suprema elegancia del «Cadillac» con una copa de plata, primer premio de su categoría.-E. P. N

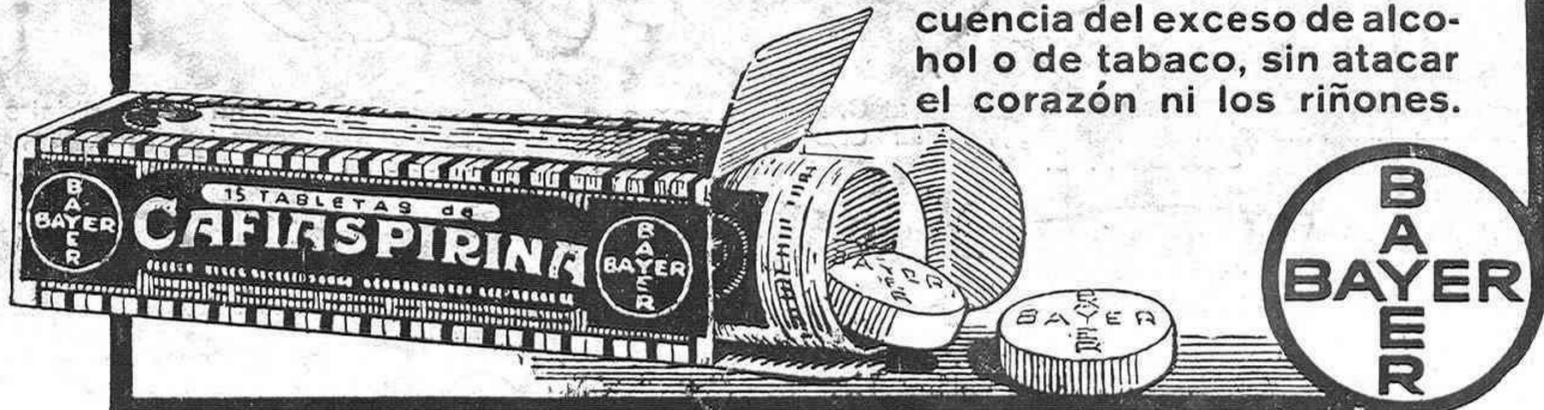
de paseo en nuestra calle de Alcalá, Cantones de Coruña, calle Corrida de Gijón, etc., etcétera, vitrinas de exhibición de los encantos de nuestras mujeres, donde, dicho sea, siempre hay alguna que se destaca del conjunto—bien por su elegancia, figura ó belleza extraordinaria, de entre todas aquellas flores de carne—, como una reina, el coche «Cadillac» (cupé de dos plazas), presentado por su propietario D. Emilio Gutiérrez Bringas, brilló ante los ojos del Jurado, como la reina del paseo, venciendo, merced á la belleza de su línea impecable, irreprochable presentación y modernas características, á todos los coches que con él se inscribieron.

Tal era la perfección de esta joya de coches, su tipo ideal, su marcha majestuosa y suave, que su presencia ante el público pro-



¡Tierra!

¡Tierra! ¡Tierra!... Este fué el grito que surgió de unos pechos oprimidos y no rendidos por la lucha. La tripulación de la carabela que dirigía Colón, quedó subyugada por la alegría que le produjo el anuncio de un final de tan larga y ruda travesía. La misma sensación, ese mágico hechizo de pronto bienestar, es el que ofrece la Cafiaspirina, puesto que significa el fin del sufrimiento cuando Vd. se encuentra bajo los efectos de los dolores de cabeza, de muelas o de oído. Su eficacia es insuperable contra neuralgias, jaqueca o contra las molestias periódicas de la mujer. Reanima y levanta las fuerzas en los estados de decaimiento a consecuencia del exceso de alcohol o de tabaco, sin atacar el corazón ni los riñones.



La Esfera

AÑO XVI.—NUM. 809

MADRID, 6 JULIO 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



La figura del comandante Franco es hoy algo más que la figura de un soldado aguerrido y heroico dispuesto en todo instante á dar su vida por su patria; es un símbolo en que queremos encarnar, como España entera los encarna, á los cuatro tripulantes del «Dornier número 16» y aun á todos los héroes de la Aviación española. En el comandante Franco culminan las virtudes de la raza que se han sublimado en los caballeros del aire, sabios y valientes al par, dando así una fórmula definitiva á las generaciones. En Franco, pues, rendimos homenaje á sus compañeros Gallarza, Ruiz de Alda y Madariaga, á la Aviación española y á España, nuestra madre común

(Fot. Díaz Casariego)



La manifestación organizada por el Aero-Club al entrar en Recoletos para dirigirse á las Embajadas

(Fot. Piortiz)

SOBRE la hazaña heroica y el sobrehumano estoicismo de los tripulantes del «Dornier número 16», con ser tan alta su significación, se alza aún, flameante con la policromía de las banderas de las más varias naciones, la idea salvadora de la solidaridad humana. Podrá decirse aún, con verdad, *homo homini lupus*; pero el lobo comienza á dormir muy hondo en la naturaleza humana, y á veces surge sólo para aprender una sublime lección de caridad del santo que cordialmente le llama: ¡Hermano lobo...!

Antes de que un espíritu infernal profanase para siempre la Química, inventando, como supremo recurso de la guerra, esa «quinta arma» traidora y rastrea, aunque á veces pretenda volar, que son los gases asfixiantes, no se concebía más mortífero elemento de combate que la aviación; y cuando, en los más horribos instantes de la guerra mundial, un Estado Mayor quiso llevar el horror trágico á las muchedumbres acongojadas, no encontró más espantoso recurso que dejar caer, desde un avión, la bomba terrible que había de llevar la muerte á las gentes piadosas que, arrodilladas en el templo, pedían clemencia en Viernes Santo.

En aquellos días de la hecatombe, cada aviador era como un símbolo de astucia y crueldad. Al elevarse llevaba la muerte consigo, trágica mascota, igual que el héroe de la leyenda la llevaba á la grupa, como novia endomingada; y con ella, en la altura, era la caza endiablada é implacable en que el hombre perseguía al hombre como á fiera dañina. Agazapado en las nubes, acechaba; llegado el instante propicio, se lanzaba, en vuelo aprendido de las aves más traicioneras, como el águila pérfida cae sobre el

descuidado recental; y al descender, si no caía destrozado entre el esqueleto derruido de la nave frágil, iba, como D. Juan, á contar su hazaña, no á la hostería de Buttareli, sino al refugio del jefe de escuadrilla, que, contable impasible de una industria novísima, apuntaba en su «libro mayor» las cifras frías de aquella contabilidad macabra.

Era así hasta que un día, la Muerte, enamorada del héroe, que la había servido despiadadamente, le hacía suyo, para entregarle, traicionera, á la furia de otro amador.

Cada retorno al campo era como una resurrección, á cuyo toque de gloria respondía, como eco lúgubremente deformado, el toque de difuntos en el campo enemigo...: una perdurable tragedia en que el hombre parecía perder, diluyéndose en saña vengadora, todo instinto humano.

Pero la tragedia pasó, desvanecida como pesadilla angustiadora, y aquellos hombres son estos mismos que, para salvar una vida, ofrendan, pródigos, la suya, y dan á los humanos el espectáculo consolador y optimista de una fraternidad que, si está en los labios, no es porque baja del cerebro, engendrada por un sistema filosófico, incapaz de hacerla sentir, por mucho que la haga comprender, sino porque sube del corazón, toda sentimiento, sin dar ni pedir á la reflexión un tiempo que es precioso cuando cuatro vidas están á merced de las olas ariscas en la inmensidad del Océano, ó cuando dos seres hermanos están á punto de sucumbir en la inmensidad, más aterradora aún con su silencio desesperanzador del desierto.

Ni patrias, ni razas, ni bajos intereses mezquinos son obstáculo para la obra de fraternidad y

de amor. Las banderas nacionales no se yerguen en reto y desafío: se alzan universalmente cobijadoras; flamean como faros salvadores y como antorchas que proclaman el triunfo de una Humanidad mejor; es el espíritu de solidaridad, animador de nuestro siglo, que se impone, como una doble necesidad del corazón y del espíritu, anunciando á los humanos un porvenir mejor, un más tarde verdaderamente humano, en el sentido puro y estrictamente ideal de la palabra.

Las tres palabras que los revolucionarios franceses creyeron mágicas, como las del banquete bíblico, perdieron su sentido, porque el espíritu humano, egoísta aún, no podía darlas toda la plenitud cordial que su significado pleno requería. Libertad, igualdad y fraternidad tienen hoy una síntesis perfecta, solidaridad, que hará posibles sus conceptos el día, más feliz para los hombres, en que puedan ser escritas por encima de las fronteras, en el cenit común á que todos los hombres, sin distinción de pueblos ni de razas, miren por igual.

Francia, Italia, Portugal, Inglaterra, ¿por qué han de ser «los hermanos enemigos», cuando hay tantos y tantos hombres de corazón dispuestos á ofrendar su vida á un anhelo fraternal?

Cuando los hombres persiguen ideales nobles y elevados, la suprema aspiración les une en esa solidaridad que nos hace hoy á los españoles aclamar á Inglaterra, la salvadora, como á Francia, á Portugal y á Italia, las abnegadas; sólo los míseros intereses materiales, y cuanto más menguados más, desunen á los hombres y hacen perpetua la tragedia de Caín y Abel.

DIPTICUS

« COMO EMPIEZA
Y COMO ACABA »

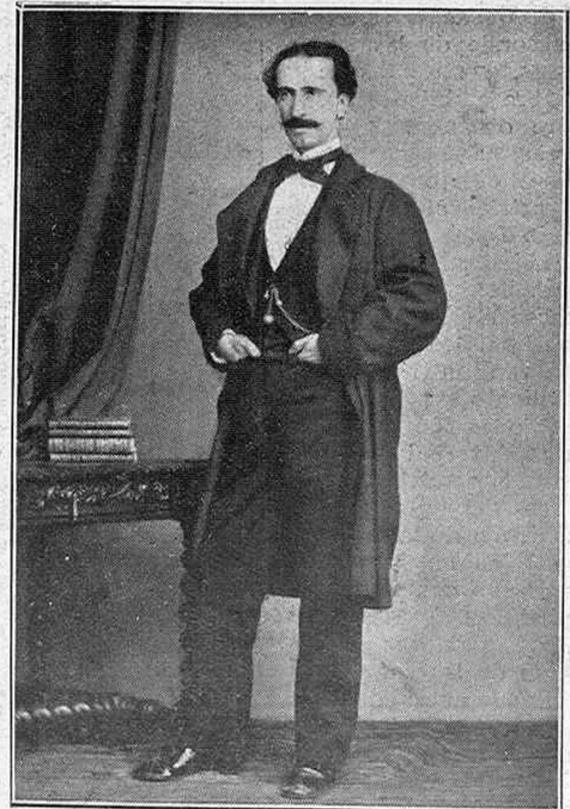
La primera y la última
Compañía de Apolo



MATILDE DIEZ
Gloriosa actriz, primera dama de la Compañía que inauguró Apolo



FLORENCIO ROMEA
Otro primer actor de la primitiva Compañía



MANUEL CATALINA
Actor ilustre, primer galán y director de la primera Compañía de Apolo

sobre todo, á la famosa «cuarta» y á las tardes domingueras, en que los llenos eran imponentes.

No hacemos hoy la historia de Apolo, que bien merece unos cuantos capítulos; pero queremos recordar la primera Compañía que actuó en aquel coliseo, entonces casi extramuros de Madrid, y que años después bastó para dar vida al trozo que muchos se obstinaban en llamar inaccesible de la calle de Alcalá.

La función inaugural fué el 23 de Noviembre del 73, y en ella, la Compañía de verso que dirigía D. Manuel Catalina, y de que era primera dama el mayor prestigio de las actrices de la época, Matilde Díez, después de leer el primer actor una composición *ad hoc* de D. Gaspar Núñez de Arce, interpretó la comedia de Calderón *Casa con dos puertas*, y la de Bretón de los Herreros *Ella es él*.

El teatro, que era entonces el más suntuoso de Madrid, excluyendo el Real, que era, como siempre, un teatro italiano, gustó muchísimo, y la Compañía, en que figuraban artistas muy predilectos del público madrileño, también.

Su lista completa era la siguiente: *Actrices*: Matilde Díez, Sofía Alverá de Nestosa, Matilde Bagá, Carolina Fernández, Emilia Vallarino, Varela, Matilde Gómez Martínez, Concha Ruiz, Dausant, Chafino, Isabel Rubio, Rodríguez Prada, Morato y Manuela Fernández. *Actores*: Manuel Catalina, Antonio Vico, Florencio Romea, Mariano Fernández, Miguel Cepillo, Julián Párrero, Pastrana, Calvo (M.), Julianito Romea, Benetti, Ibáñez, Martínez, Viñas, Peñalver,

Caballero, Castro, Pérez Rodríguez y León.

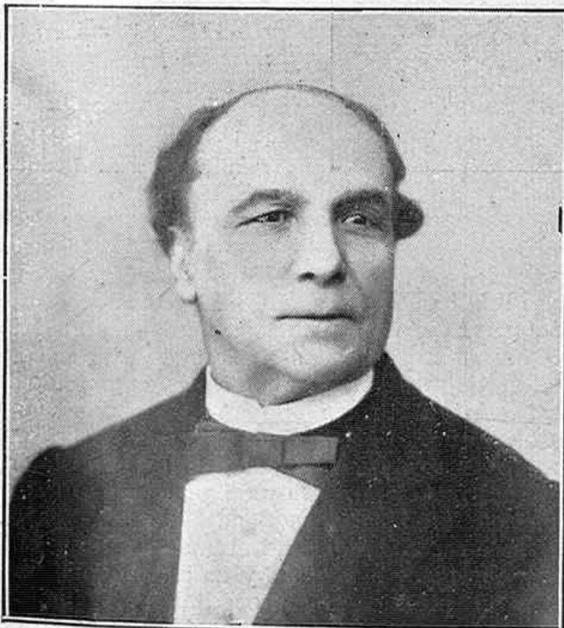
Había, pues, en ella nombres muy ilustres, y que aun recordamos como de artistas con derecho á figurar en la historia del teatro castellano, y otros, muchos más, olvidados ya, que no lograron hacer perdurar sus apellidos. Tal vez entre ellos hubiese más de una esperanza que se malogró: también el teatro tiene sus soldados desconocidos.

La Compañía que actuó en la última función de Apolo la formaban, como primeros actores, Pepe Moncayo y Jesús Navarro, y como actrices, Selica Pérez Carpio, Angelita Durán, Charito Sáez de Miera, Pilar Perales, María Paso y Carmen Andrés; y como actores, Arturo Castro, Jesús Menéndez, Arenas, Ormat, Cervera, Cumbreiras, Oltra, Castro y Monteagudo.

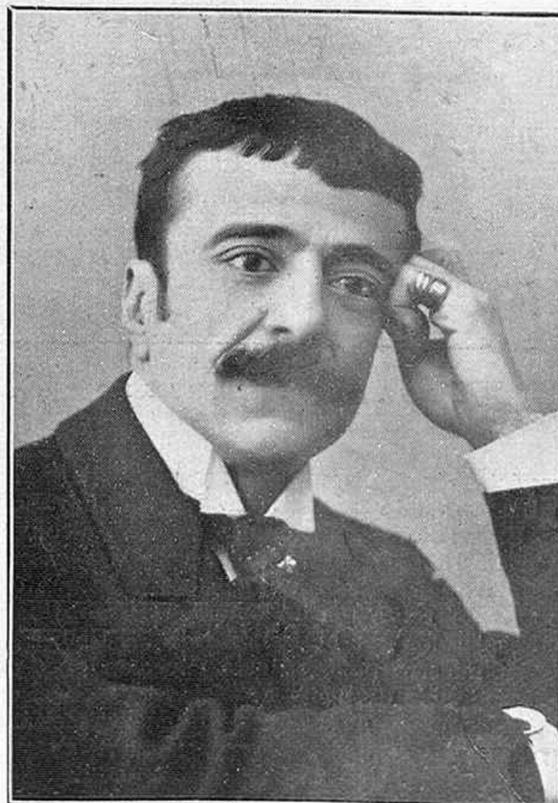
¿Cuántos de estos nombres perdurarán dentro de cincuenta años?

Los madrileños castizos, que no se acostumbraban á la idea de perder uno de sus teatros predilectos, Apolo, en que renacieron á la vez el sainete y la zarzuela, tienen que rendirse á la evidencia: la última función se celebró el día 30, es decir, cincuenta y seis años y medio después de haberse celebrado la primera.

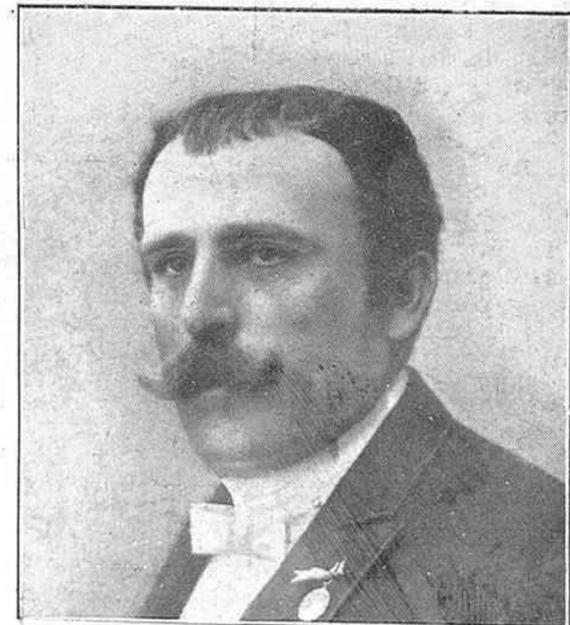
En esos once lustros, ¡cuánta mudanza! Todos los géneros pasaron por aquel escenario: el verso, con obras de la gran época; la comedia, que era moda llamar «alta comedia», y no como ahora suelen decir los cómicos, con deajo benaventino: la «comedia en que se toma te»; la zarzuela grande, con todo el empuje de una sociedad de autores; el género chico; la opereta, que vino á destronarle estérilmente, y, por último, otra vez el género chico, el sainete renacentista—valga la frase—de la época de los mayores triunfos y del enriquecimiento de Arregui y Arruej, gracias,



MARIANO FERNANDEZ



JULIANITO ROMEA
Tres actores de la Compañía



MIGUEL CEPILLO

Encuesta de "La Esfera" ¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

EN unas interesantísimas declaraciones hechas a LA ESFERA hace poco por el director general de Bellas Artes, señor conde de las Infantas, este ilustre hombre público dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

—«Yo creo que las Exposiciones Generales de Bellas Artes, tal como hoy se celebran, están llamadas a desaparecer.

»El público y la crítica ven con tristeza y desaliento que las Exposiciones de Bellas Artes, que debieran ser un exponente magnífico del admirable desarrollo de las artes españolas en nuestra época, no cumplen su cometido.»

Las palabras del conde de las Infantas han dado actualidad a este tema en el instante mismo en que se celebra en Barcelona la Exposición Internacional de Pintura, Escultura y Grabado, y cuando se prepara en Sevilla la Exposición Nacional é Hispanoamericana.

LA ESFERA, paladín incansable de los valores estéticos españoles, revista cuyas páginas están henchidas de exaltación de nuestro acervo artístico — de historia gloriosa antaño, y de fecundas y magníficas realidades hoy—, quiere suscitar y dar a conocer a sus lectores las opiniones valiosísimas de nuestros artistas acerca del problema que plantean las palabras del director general de Bellas Artes; para lo cual ha abierto una encuesta entre los amedallados de todas las categorías, acerca de esta pregunta:

—¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

LA ESFERA ofrece a sus lectores en este número—y seguirá insertando en los sucesivos— las opiniones de extraordinario interés con que honran sus páginas, desde los más altos prestigios, a los artistas de cotización más parva que luchan y aspiran a la máxima consagración. A todos nuestra profunda gratitud.

Y ahora permítasenos una glosa ó comentario somero. Nuestra actitud, con respecto a este interesante tema artístico, es diáfana. LA ESFERA opina, con la mayoría de los artistas, que las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes deben subsistir. Si adolecen de defectos; si alguna vez se han cometido en ellas injusticias y arbitrariedades, búsqese el medio más eficaz de limpiar de máculas estos Certámenes artísticos, para que adquieran todo su valor y categoría. Un



EDUARDO CHICHARRO
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

propósito rígido de enmienda y un procedimiento basado en la más estricta justicia, hará que las Exposiciones Nacionales, en vez de convertirse en un torneo de apetitos y concupiscencias personales, sean un glorioso palenque que ponga de relieve la importancia extraordinaria y el esplendor que han adquirido las Bellas Artes en nuestro país, en esta época en que, por la abundancia de buenos artistas y de obras excelentes que hay, hace pensar que asistimos a un verdadero renacimiento.

EDUARDO CHICHARRO

Eduardo Chicharro. La faz tersa, juvenil, de aire ingenuo, de este célebre pintor, está enmar-

cada en la aureola de sus cabellos blancos. Cuando llega el reportero a su estudio, el maestro dialoga con el notable artista argentino Bernaldo de Quirós. Cordialmente nos ofrece un silloncito de mimbres, y nos coloca frente a una «pintura» de mujer, aun no rematada. Le falta a este cuadro lo que será su gloria y su prisión: el contorno. Pero los ojos de la muchacha tienen una delicada sensualidad y una pegadiza melancolía. Nosotros vemos allí algo que no es color, sino espíritu, y detrás del tipo físico adivinamos la silueta moral. En la pintura de Chicharro no hay nada accesorio: todo es fundamental. El color y la luz son pretextos para pintar estados de alma...

Como siguiéramos absortos en la contemplación del cuadro, el maestro, al cual le hemos abandonado nuestra pregunta, nos dice:

—Las Exposiciones nacionales de Bellas Artes son útiles siempre para el artista, porque así se pone en contacto con el público, y también por la influencia que ejerce en su espíritu la observación del trabajo de sus demás compañeros de certamen. Esta observación y estudio de la labor ajena hace que, por comparación y análisis, se pula y se corrija. Las Exposiciones nacionales, a juicio mío, son necesarias; pero tal como se celebran en España no tienen razón de ser.

—¿Y en qué consiste el mal?

—El mal está en las medallas y en las recompensas en metálico. Una condición esencial del pintor, del artista genuino, es el desinterés. El pintor no debe producir nunca guiado por un fin utilitario. Esta profesión tiene un

fondo místico, ascético, que es su grandeza. Las recompensas en metálico degradan la cualidad del arte en las Exposiciones nacionales, que se convierten en una liza mezquina por un puñado de pesetas. Mis palabras se apoyan en la realidad. Hay pintores que no producen nada en todo el año, y cuando se aproxima la fecha de la Exposición, trabajan frenéticamente para presentar un cuadro. Concluido éste, se llenan los bolsillos de cartas de recomendación, hablan con unos y con otros, intrigan, brujulean y se afanan por conseguir el premio por procedimientos ilícitos. ¿Puede compararse el que consigue el galardón por medios tortuosos con el que se lo lleva en lucha franca y abierta, por sus propios méritos?

Chicharro hace una pausa y continúa:

—Y luego las intrigas que surgen en el Jurado, que á veces atropellan al verdadero mérito, relegándolo á un lugar secundario, para premiar al bullanguero y mediocre. Suponga que un hombre de buena fe, inteligente, de probidad artística, forma parte del Jurado. Este individuo examina los cuadros de la Exposición y arguye:

«Este merece la primera medalla.» Y, creyéndolo justo, se dispone libremente á dar su voto. Pues en aquel instante tropieza con otros compañeros del Jurado que le dicen, capciosamente: «¿Tiene usted interés por ése...?» «Pues yo le doy mi voto, si usted me lo da á mí para Zutano.»

Yo no he querido nunca ser jurado — insiste Chicharro—. ¿Sabe cómo formaría parte del Jurado? Siéndolo yo solo. Tal vez me equivocara, es posible; pero no cometería injusticias á sabiendas.

Insisto en que este ambiente que desacredita á las Exposiciones se depuraría no habiendo medallas, ni premios, ni adquisiciones. Para recompensar el esfuerzo de los expositores, podrían nombrarse tres personas de buen criterio, honradas, que eligieran los cuadros que lo merecieran para el Museo de Arte Moderno.

Otro enorme inconveniente de las actuales Exposiciones es la amalgama y confusión que forman las distintas tendencias pictóricas. ¿Por qué reunir en las mismas salas tantas modalidades diversas? Debe haber Exposiciones de distintas tendencias. Separar, reunir, armonizar, clasificar por grupos. Esa reunión heterogénea de cuadros es igual que si en un concierto de música clásica suena el saxofón del jazz...

—¿Cuántas medallas de oro ha alcanzado usted en las Exposiciones, Sr. Chicharro?

—Doce.

Y al extender su mano para despedirse, el maestro arguye:

—¡Ah!, deseo que diga que las Exposiciones de arte puro no deben estar mezcladas con las de arte decorativo ó aplicado.

JULIO MOISÉS

El triunfo cayó á sus pies como un rico trofeo, vencido por el talento de este joven y notabilísimo pintor. Su pincel abrió un portillo en la curiosidad pública, y el nombre de Julio Moisés fué anotado en el libro de la fama. Como siempre, la obra habló por el hombre, y lo que empezó en murmullo, adquirió volumen de estrépito, y ante sus lienzos, los ojos sabios y los profanos, sugestionados por la orgía visual, llenos de admiración ante el nuevo revelador de tipos

humanos, dieron al artista la alta jerarquía que él había dado antes á los colores de su paleta. Y tuvo el exceso en dos consagraciones: la popular y la oficial. Y como buenas amigas, estas hadas se sentaron junto al pintor, haciéndole juramento de fidelidad.

El estudio de Julio Moisés está en un barrio

fermedad no sólo española, sino universal. Pero deben estudiarse y remediarse las macas que tienen las Exposiciones, y no pensar en su supresión. Porque si desaparecen, ¿qué otro medio de enlace queda entonces entre el artista y el Estado?

Respecto á las medallas, el primero que debe estimarlas y darles un valor y una categoría es el Estado. Para él, quien posee una primera medalla no significa nada, ni se le tiene en consideración. Es corriente el caso de darle una cátedra á un pintor mediocre, y desecharlo al bueno. La dignificación tiene que venir de arriba, pues todos conocemos, en este pequeño mundo del arte, al que ha conseguido el premio por su talento, y el que se lo ha llevado por medios tortuosos.

Con el propósito de remediar estos abusos, hace algún tiempo yo firmé una solicitud, dirigida al ministro de Instrucción Pública, en la cual pedíamos que para optar á ciertas cátedras se estableciera un turno, y que los artistas que acudieran al concurso enviaran doce obras cada uno, para exponerlas. Esto, como se comprenderá, significaba una revisión de valores, lo que podíamos llamar la reválida. El pintor volvía á someterse voluntariamente á que fuera de nuevo juzgada su obra. ¿Y por qué no? El que lucha de cara á la luz y tiene fe en su esfuerzo, no teme los fallos.

Cada nueva obra nuestra, ¿no la lanzamos para que sea juzgada por los demás? Sólo podrían mirar con recelo nuestro propósito los que debieran su medalla al chanchullo ó á la amistad.

La idea que lanzamos fué aceptada con beneplácito por el señor que era entonces director general de Bellas Artes, que nos respondió: «—Yo la hago mía.»

Y, efectivamente, no se hizo nada.

Tienen que darse las medallas con la máxima garantía, y yo creo que se podía probar que se otorgaran éstas por el su-

fragio de los artistas expositores.

Quizá así se remediara el mal. Los pintores son siempre los primeros en señalar las mejores obras de las Exposiciones. Yo confío mucho en este medio, porque hay en nosotros un fondo insobornable de justicia que se impone siempre.

El sufragio colectivo volvería quizá á dar á las Exposiciones de Bellas Artes el prestigio necesario, enturbiado hoy por los truchimanes que acostumbran á pescar en las aguas turbias.



JULIO MOISÉS
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

estrepitoso, y la serenidad de sus cuadros la enturbia la vocinglera chillería de los arrapiezos, las comadres y las bocinas.

La puerta está abierta, y desde el vano tiramos la pregunta. Julio Moisés nos responde:

—Las Exposiciones nacionales de Bellas Artes no deben suprimirse. Lo que hay que hacer es darles fuerza, autoridad y limpiarlas de máculas. No deben desprestigiarse, sino enaltecerlas, pues aun con todos sus defectos son buenas y necesarias. ¿Que existe á veces la injusticia, ó el error, en el Jurado? El compadrazgo es una en-

LA EXPOSICION DE BARCELONA



El público presenciando los juegos de agua en la Gran Avenida de la Exposición

Las «grandes aguas» de Versalles en Barcelona

TAMBIÉN Versalles y Saint Cloud han sido trasladados á la Exposición Internacional de Barcelona—antes lo fueron, con ventaja, á La Granja—; pero en Barcelona puede verse, sin aguardar á fechas memorables, cómo corren y saltan por las artísticas fuentes las «grandes aguas».

Es un espectáculo inolvidable, al que dan una policromía más fantástica aún las luces admirablemente combinadas, que hacen destacarse líneas y superficies, perfiles y peldaños de las gigantescas graderías, porque las aguas parecen despeñarse en cascada ideal, amansada por la industria del hombre.

Pinos y cipreses románticos bordean los despeñaderos, y en lo alto les da fondo un magnífico palacio, que, con toda su realidad abrumadoramen-



DON SANTIAGO TRIAS

Del Comité organizador de la Exposición, tesorero general de la misma y uno de los principales elementos del magnífico certamen

Personalidades relevantes * de la Exposición *

te sólida, parece fantástico también.

Las «grandes aguas» de la Exposición Internacional son otro atractivo culminante, y no el menor, del actual Certamen barcelonés. Ante ellas se congrega siempre público entusiasta y asombrado, que encomia la obra magna allí realizada.

En esos encomios suenan constantemente repetidos nombres de los grandes obreros de esa realización genial; así, suena el de D. Santiago Trias, uno de los mayores prestigios financieros é industriales de Cataluña y uno de los elementos más activos y eficaces del Comité ejecutivo de la Exposición. Al Sr. Trias se debe, en parte principalísima, el magno éxito logrado por la Exposición Internacional, y es justo que su nombre sea repetido entre los destacados.



El mal de la sed

*El viento ruga y brama;
al deshacerse, toda su violencia
es un gemido largo
que se derrama sobre la existencia
El viento está sediento,
triste y amargo,
como las personas atormentadas
de dolores,
corroidas de amores,
imantadas
por los hondos arcanos turbadores.*

*El viento rueda y sube
á la empinada nube
para acercarse al Dios eterno
y dolerse de nuestra sequera.
Con su enorme alarido
va á decirle
que está la tierra dura
como un infierno,
y á pedirle
por todo lo adurido
en el polvo y en la criatura.*

*El viento
está calenturiento:
necesita sudar
como la mies en los abril's
germinales;
como los pobres seres febriles,
supremos animales
fatigados de amar.*

*El viento
no quiere arder
en su llama;
necesita beber,
y llama
al precioso elemento,
la novia lluvia,
el agua presentida*

*en el atañor,
el canal y la zabra.
el riego de la vida,
la sangre casta del Amor...*

*Está el suelo
tierno y mojado,
porque el cielo
ha llorado.
Mi corazón se alivia
dél ancho duelo
universal,
y solivia
en el aire su vuelo.
Desde la noble altura
ha caído
una divina sal
en el barro dolido
de nuestra calentura.
La tierra ablanda sus eriales,
y la pasión
de los mortales
cede en los ojos llenos de cristales:
es que la lluvia tiene un sentido profundo
porque la llora el Padre del mundo
sobre su creación.*

*El Santo Fuerte
nunca se resiste
á la llama triste
de los grandes amores.
Si os acecha la muerte
en vuestra propia brasa,
llamad, amigos, pedid sin tasa
al que riega las flores;
alzád vuestro lamento
á Dios, y ved
cómo el hermano viento
nunca muere de sed.*

CONCHA ESPINA

(Dibujo de Ximénez Herráiz)

EL ANIVERSARIO DEL REY DE INGLATERRA

FIESTAS MILITARES EN CHELSEA

CHELSEA es, todos lo sabemos, el barrio militar de Londres. Situado en la orilla izquierda del Támesis, en suburbio mísero que secularmente se ha ido transformando en un poblado moderno del tipo urbanamente rural de tantos otros que rodean a la metrópoli inglesa, hay en él edificios históricos de muy alto valor y magníficos cuarteles que encierran quizá las mayores guarniciones inglesas.

En Chelsea es siempre fiesta mayor la celebración del aniversario del Rey, con el que, para mejor unir las ideas de Monarquía y Patria, los ingleses hacen coincidir con la fiesta que denominan «día de la bandera».

En ese día son revistadas todas las guarniciones inglesas, y las más importantes, por príncipes y magnates lo más directamente posible enlazados con la familia real. Es también, puede decirse, la fiesta del ejército; y en Chelsea, por

consecuente, ha de tener mayor brillo y resonancia.

En aquel barrio, efectivamente, existe el más poderoso elemento de tradición militar, de monarquismo y de amor a la bandera: el cuartel de inválidos, en que residen los veteranos del ejército inglés que ofrendaron su vida a la patria, y a los que ni las mutilaciones ni los años han logrado quitar completamente ni los amores ni la prestancia militares.

Fundación hecha en el siglo XVII (en 1682) por Carlos II, la institución para inválidos está instalada en magníficos edificios, que debe también a su fundador; y en ellos, el día en que se festeja a la bandera, los viejos soldados sienten resurgir sus ardimientos juveniles al entrar en formación y ser revistados como bisoños ó como cadetes.

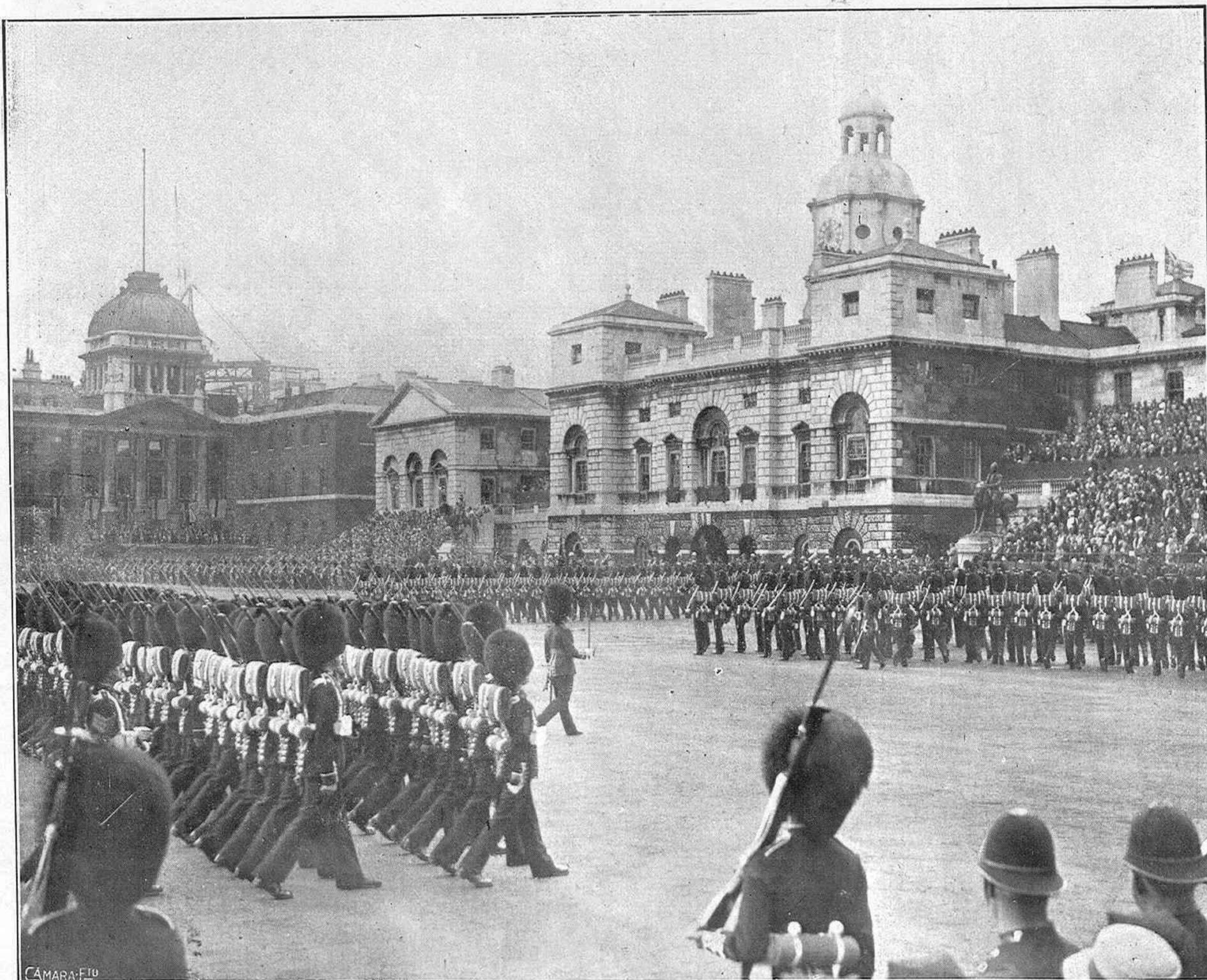
Su general, viejo como ellos, es actualmente lord Plumer, de brillantísima historia militar,

como requiere el cargo, y él es el que anualmente, en el solemnísimo día, hace repetir a los veteranos de su mando, en honor del Rey, los tres hurras tradicionales.

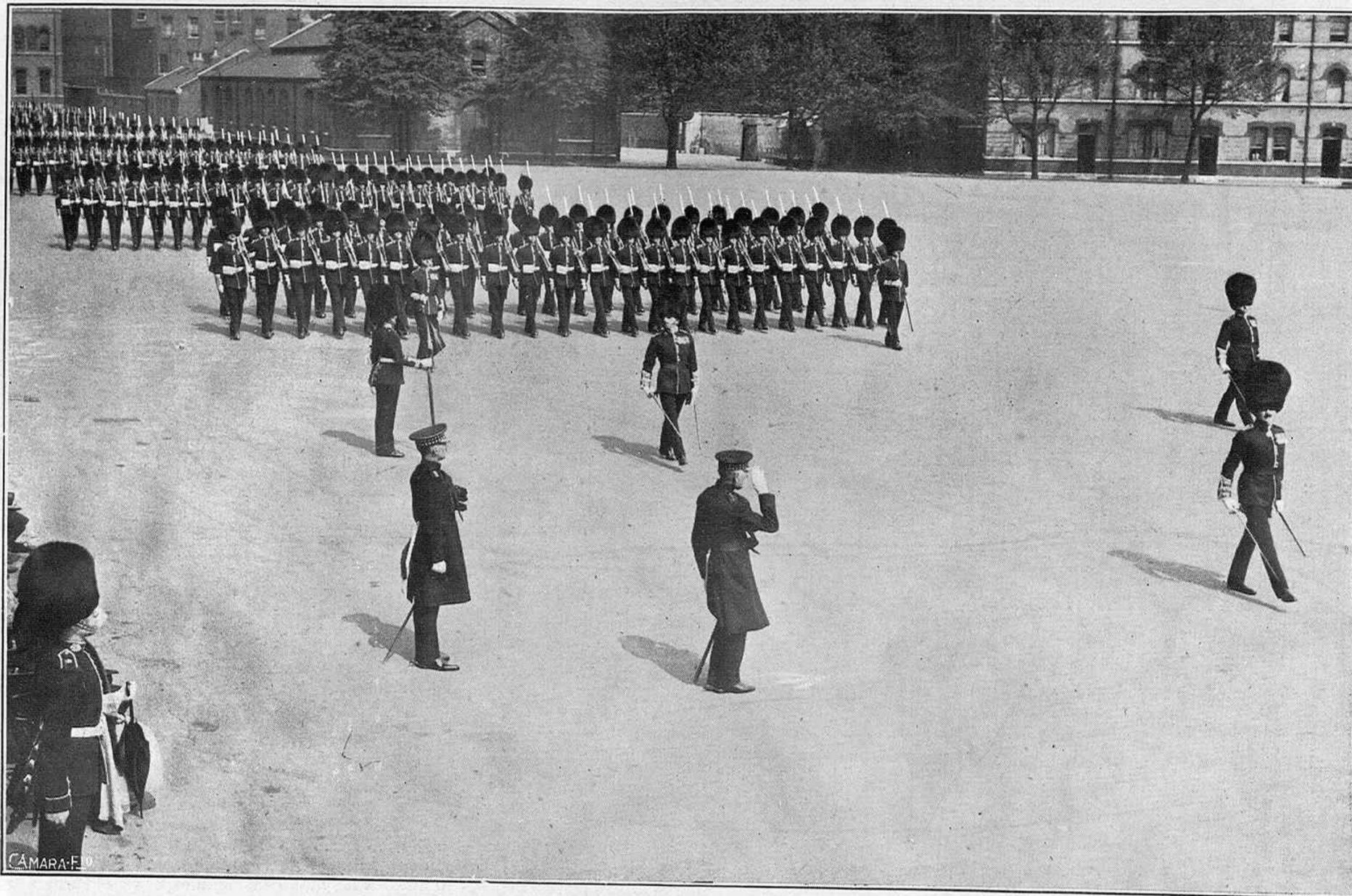
Por contraposición al cuartel de inválidos, hay en Chelsea otra institución militar: un asilo de huérfanos de militares, verdadero plantel de donde saca el ejército inglés figuras preeminentes y donde los muchachos a quienes la guerra dejó huérfanos inician su vida militar cerca y como bajo la protección de los inválidos que la terminan.

El Asilo militar es de fundación mucho más reciente que la Institución para inválidos: sólo remonta a 1801, pero ha dado ya ópimos frutos.

Este año, el encargado de revistar las tropas acuarteladas en Chelsea ha sido lord Methuen, quien visitó también las dos instituciones militares de asistencia.



La fiesta de la bandera en el cumpleaños del Rey. Desfile de los regimientos de la guardia ante el duque de Connaught, que representó al Monarca en la gran parada militar

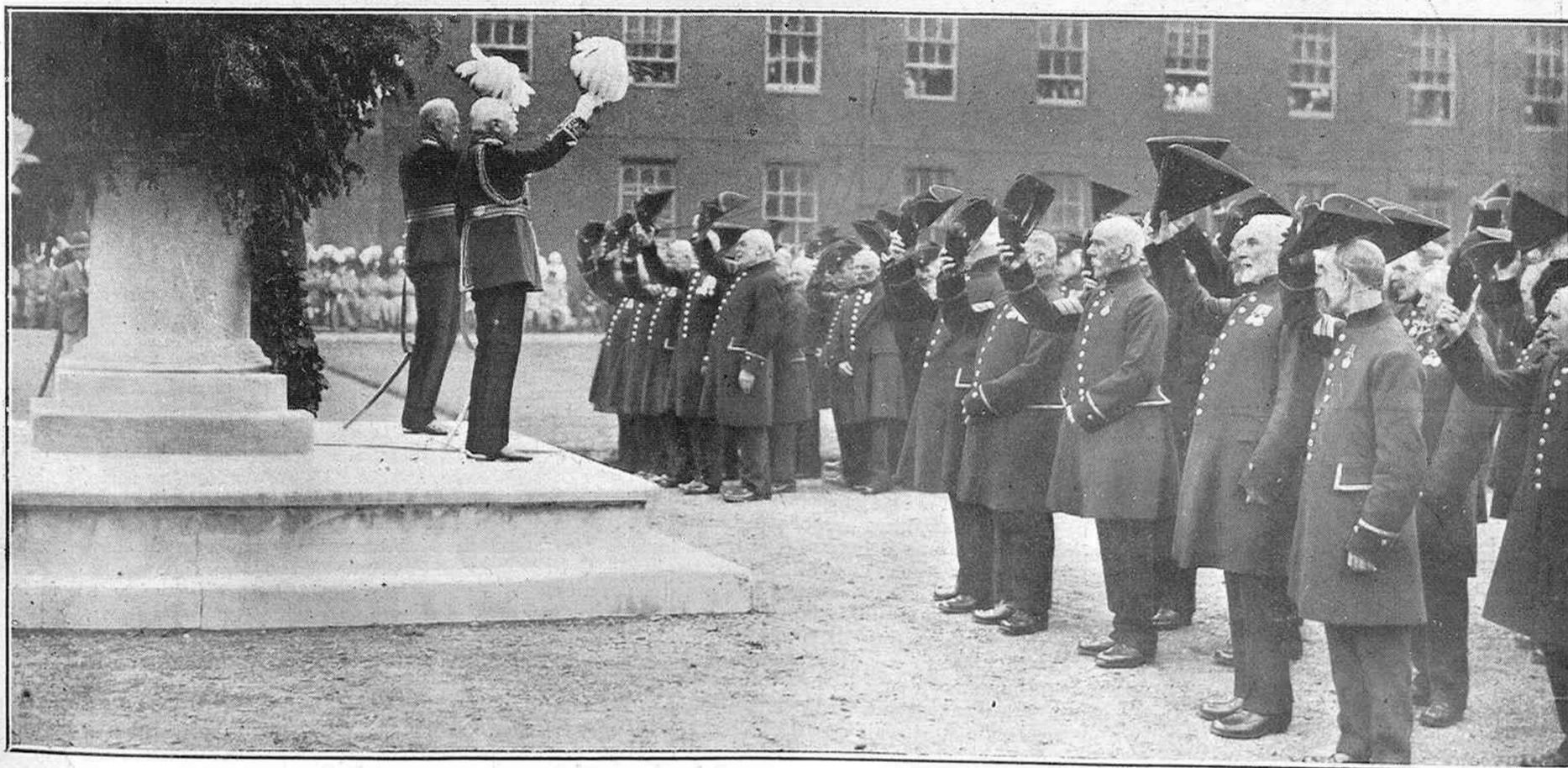


Los regimientos escoceses de la guardia revistados antes de la fiesta de la bandera, en los cuarteles de Chelsea, por lord Methuen

La fama que á éstas debe Chelsea es tan grande, que los norteamericanos han instalado en una población del mismo nombre, tomándole, sin duda, como simbólico, sus mejores hospitales de Marina.

En la Chelsea inglesa está el mejor relicario de las glorias militares inglesas; en la Chelsea norteamericana se conservarán igualmente, en relatos bélicos, tradiciones y leyendas, los hechos más salientes del poderío naval norteamericano;

y si algún día, por fortuna para la Humanidad y para la civilización, se llega al fin á esos soñados ideales del desarme y de la paz universal, será en uno y otro lugar donde se sienta más honda melancolía.



El general lord Plumer, revistando á los inválidos de Chelsea el día de la fiesta de la bandera

Las mejores clientes



La espera se hacía larga en el salón de la peluquería. Dos señoras que habían ido juntas conversaban entre sí en voz baja, y por las palabras sueltas que se escuchaban de vez en cuando, podía afirmarse que se entretenían en torpedear, según última frase de moda, á alguna amiga.

Entretanto, las otras cuatro damas se observaban sin mirarse, con esa especie de hostilidad que se establece siempre entre los que tienen que guardar turno.

Todos los tocadores, especie de celdas ó de confesonarios, tenían corridos los biombos, que les servían de puertas. Se oía dentro el chocar de los aceros, de tenacillas y tijeras; el rumor del agua en las jofainas y el ruido causado por el

aire de los duchadores que secaban el cabello recién lavado.

De tiempo en tiempo, se plegaba un biombo y se veía una dama, ya con el tocado hecho, que aún se esforzaba para verse bien la nuca á favor del espejo que colocaba hábilmente el peluquero detrás de ella, y frente á la luna del tocador, mientras la despojaba del peinador blanco como si levantase los apósitos de una herida reciente.

A veces se entreveía una cabeza colgada, como muñeco de sala cursi, de esa especie de lámpara de la ondulación permanente. Aquella corona de rulos sujetos al aparato eléctrico parecían las serpientes de una cabeza de Medusa, enroscadas y prisioneras, que sufrían la condena de un suplicio inquisitorial.

Allí se hacía todo lo que constituye la industria de la peluquería, bajo la dirección de madame Ford, que vigilaba á las oficialas activamente. Se cortaba, se decoloraba ó se teñía el cabello; pero el ondular era tarea reservada al dueño. M. Ford no confiaba á nadie ese cuidado. Era él quien siempre despedía á las clientes.

Algunas reclamaban un último retoque:

—Parece que esta patilla queda un poco desrizada.

—Acentúe un poco más el *piquito* de la nuca. Tengo el cuello un poco grueso, y eso disimula la línea.

Unas aplaudían:

—Está muy bien.

Otras se quejaban:

—Me ha hecho la ondulación demasiado estrecha.

Y M. Ford atendía á todas con una sonrisa complaciente, silencioso y atento; pero sin perder su corrección algo fría y desdeñosa, que no daba lugar á la confianza y á la familiaridad. Sólo en el momento de recibir el importe de su trabajo hacía una especie de ceremoniosa reverencia de Corte, y acompañaba á las clientes hasta el biombo, cerca del cual quedaba con aire de magnate que espera al que va á gozar de su audiencia. No le faltaba ni siquiera esa mirada alta, que acostumbran á tener los personajes que no quieren ver á los que los rodean.

Dominaba en todo el salón, sobre los olores de la brillantina, el vaho del *hené* caliente, las esencias de las damas y la peste de fijadores y decolorantes; un fuerte perfume á mujer, que parecía desprenderse de los rimeros de pelo que cogían del suelo las oficialas, como si el pelo cortado tuviese algo de savia que agudizase el olor, como sucede con las ramas arrancadas de las plantas.

Siempre, la dama á quien le tocaba entrar experimentaba un momento de satisfacción, al pasar delante de las que estaban esperando, y se cruzaba, en su apresuramiento, con la dama que salía, sonriente y satisfecha de su embellecimiento. Aquellos dos momentos de alegría valían bien las molestias de la espera y el tormento de las manipulaciones.

No quedábamos ya más que las dos *torpedeadoras* y yo.

El silencio me hacía oír, más claramente de lo que deseaba, su conversación.

—Parece que ahora viene menos gente.

—Sí; desde que M. Ford hizo la tontería de vender productos de belleza. Muchas se los llevaron fiados y no han vuelto.

—Pero si aquí sólo viene gente bien.

Una risita y un tono menor en la voz me privaron de escuchar la respuesta; pero las palabras oídas me hicieron notar que efectivamente la clientela de M. Ford parecía haber disminuído. Esto me disgustó. Yo estimaba á mi peluquero porque durante muchos años lo había visto luchar valientemente en país extraño con la suerte y vencerla al fin, á fuerza de trabajo y economía. Allí se podía decir sin paradoja que la había agarrado por los cabellos.

Como fui una de sus primeras clientes, sabía algunos detalles de su vida.

Cuando yo lo conocí era checoslovaco; pero ahora se había convertido en francés. No sé por qué le había parecido mal continuar siendo checo, si por creer que no honraba bastante á su patria con su profesión ó si por pensar que su nacionalidad era poco brillante para atraer la clientela, á la que comenzaba por tomar el pelo con su engaño.

Pero, aparte esto, era un hombre serio, trabajador, y tanto él como su esposa—una robusta checa con rostro de Pepona, al que sus rizadas guedejas daban aire dulce y bondadoso—no se permitían el más ligero descanso.

Quizás la sinceridad de M. Ford y su falta de saber adular perjudicaban su fama, y por eso no alcanzaba toda la que merecía.

Era un virtuoso de las tenacillas. Su especialidad consistía en ondular. Había aprendido el oficio directamente de ese *Napoleón de los peluqueros* que se llamaba M. Marcel, al que había acompañado, como ayudante, en alguno de los viajes que el ilustre inventor del ondulado hacía de París á Londres para ondular á la Reina

de Inglaterra. Así es que M. Ford, orgulloso de su historial, desdenaba el charlatanismo y estaba siempre atento á mantener la gran dignidad de su trato y de su compostura. Cuando alguna señora le preguntaba por un remedio para la calvicie ó para detener la caída del cabello, contestaba sin vacilar que no existía ninguno. El sólo creía en la siembra de cabellos, introduciendo esquejes en el cuero cabelludo, por un procedimiento que se prometía encontrar, y mostraba un pelo largo y ondulado que se había clavado en su calva y se desarrollaba en ella magníficamente.

La corta temporada en que vendió productos de belleza, solía ofrecerlos, diciendo:

—Esto no sirve para nada.

Al fin me tocó entrar.

M. Ford estaba pálido, preocupado, con aspecto de cansancio, y no tardé en observar que lo dominaba alguna idea desagradable. Como era preciso hablar algo mientras me ondulaba, le pregunté qué tenía.

—Estoy muy triste—me dijo articulando su difícil español entre un largo suspiro—; he perdido...

Se detuvo como si dudara—él, tan reservado siempre—en hacerme su confidencia, y yo pensé que tal vez lo afligía la pérdida de algún individuo de su familia ó de alguna persona querida.

—¿A quién?—pregunté, sin saber qué decirle.

—A una de mis mejores clientes.

—¿Muerta?

—Para mí... La he perdido por una indiscreción. Estoy seguro. Es una gran pérdida, porque se trata de una de las señoras más bellas y elegantes de Madrid, poseedora de una gran fortuna, que sabe gastar sin regateos y que siempre me ha protegido, enviándome á sus amigas. ¡Lo más florido de mi clientela!

—¿Y qué le ha sucedido á usted con ella?

—Precisamente con ella, nada... Verá usted. Esta mañana me llamaron para ir á ondular á una señora, también de la buena sociedad y que era otra de mis mejores clientes. Me apresuré á complacerla, y llegué á su casa á la hora en que me había citado. Una de las doncellas me hizo pasar al gabinete contiguo á la alcoba y me dijo que esperase un momento; pero pasaban los minutos y la señora no venía. Yo estaba inquieto, nervioso; tenía tomadas todas las horas, y me afligía la idea de faltarle á alguna de mis clientes. Lleno de impaciencia comencé á pasearme con esa cosa inconsciente que nos hace creer que moviéndonos ó asomándonos á algún sitio aceleramos la llegada de los que esperamos. Al pasar frente á la puerta de la alcoba, abierta de par en par, miré distraído. Un gran espejo retrataba toda la habitación, y en él pude ver á la señora que despedía amorosamente al esposo de mi otra cliente. Nunca lo hubiera creído. Es el hombre que pasa por modelo de fidelidad. En ese momento yo deseaba que me tragase la tierra, avergonzado de mi indiscreción.

—Tal vez ellos no lo verían—dije.



—Acentúe un poco más el «piquito» de la nuca. Tengo el cuello un poco grueso, y eso disimula la línea

—Estoy seguro de que me vieron, por pronto que quise retirarme. ¡Esta desdichada casualidad me hace perder lo mejor de mi clientela! La esposa no vendrá más.

—Pero, ¿por qué? Ella no sabe nada.

—Ni yo se lo diría nunca; pero en cuanto él vaya á su casa comenzará á poner faltas al tocado de su mujer; le dirá que le sienta mal, que yo estoy anticuado..., y si ella me defiende, le dirá que no comprendo su tipo y que la envejezco... Le recomendará otro peluquero...; le prohibirá que venga... Sé bien lo que son estas cosas. He perdido dos de mis mejores clientes.

—Creo que usted exagera. Bueno que le suceda eso con la esposa; con la otra no hay motivo.

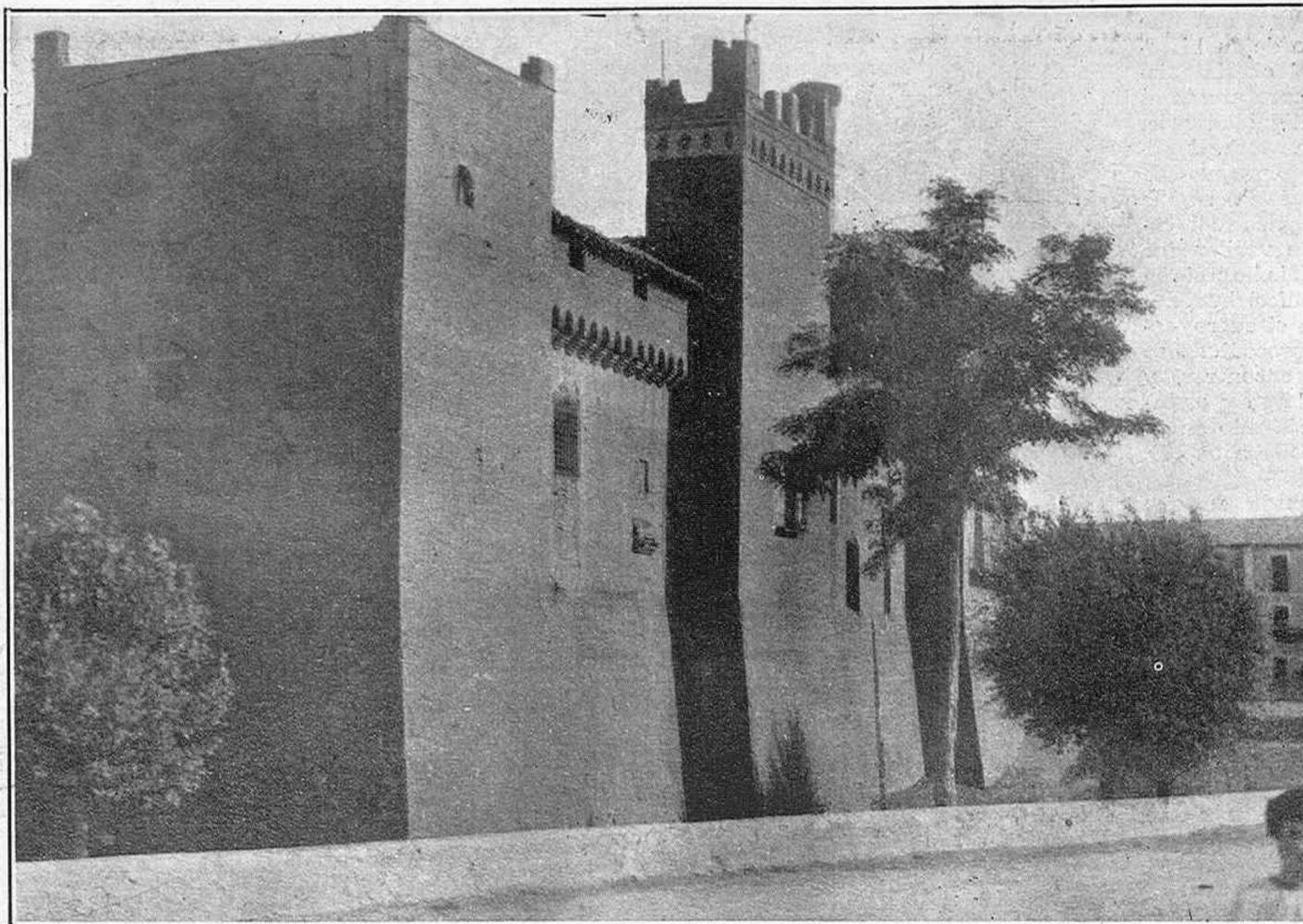
Pero aquel peluquero filósofo, con las tenacillas en alto, como el que lanza un apotegma, exclamó sin dejarme continuar:

—La otra tampoco vendrá. En cuanto la esposa cambie de peluquero, ella irá al mismo peluquero de la esposa.

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)

(Dibujos de Varela de Seijas)



Antañón castillo de Marcilla, aún en pie merced al denuedo de la que fué su dueña en 1516. Sus almenas y bastiones albergan aún los ecos de aquellos años del gran poder de los señores de horca y cuchillo, que se oponían á mandatos de Reyes y á tropas de Regentes

Del rancio solar de España

La Casa de Falces con grandeza en el Reino de Navarra



Abuelo del primer marqués de Falces, fué este segundo Mosén Pierres de Peralta, á quien la delicada inspiración de Van Dick le presenta en este cuadro rodeado de la arrogante elegancia que adornaba á los magnates de su época. Hijo del generador de su estirpe, como tal hereda los ilustres títulos de su padre. A ellos hubo de añadir el condado de San Esteban de Lerín

AQUEL Renacimiento patrio que dió al mundo tantas virtudes! El hizo vibrar todas las ondas productoras de un nacional frémito, así en el orden espiritual de la intimidad anímica, como en la satisfacción que da el contemplar colmadas las supremas aspiraciones que existen después de la Verdad: lo Bueno y lo Bello.

De aquel resurgir de aunados esfuerzos engalanóse la raza con sus mayores prestigios, que se expandieron, pocos años después, por todo el Mundo Viejo, y que, tras un leve soplo, hinchó las velas de sus naos hasta alcanzar que sombrearan las costas americanas.

Los distintos Estados en que la España cristiana estaba dividida hallábanse pleetóricos de vigorosos exponentes, creadores ó ramas de linajudas familias, las que, por ser distinguidas en sus respectivas regiones, de continuo buscaban el entronque de otros señoríos implantados en comarcas ó más lejanos feudos de la Península.

Así, la casa de Acuña radica, con su nobleza, en la de Buendía, contando entre sus mayores prestigios al castellano é inquieto arzobispo D. Alonso Carrillo de Acuña, señor de Sigüenza, quien llevó tal nombre por honrarse él aun más con el que distinguió á su tío materno, D. Alonso Carrillo de Albornoz, cuyos restos hoy moran, tras una cumplida procesión de romería, llena de salmos y luminarias, en la capilla familiar de la metropolitana de Toledo, no sin que una exactísima impronta de su sepulcro descuelle en Avignon en uno de aquellos salones del palacio fortaleza de los Papas soldados.

El sobrino no quiso desmerecer de sus apellidos, y, al atinado decir de Hernando Pérez del Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*, recibía nobles y plebeyos con gran llaneza, no exenta de fastuosidad. Siguiendo los acucios de aquella época, ansiosa de riquezas, gastó sin cuento para descubrir en el fondo de las retortas los secretos de la Alquimia, y en buscar en los arcanos de la tierra ricos minerales ó preciados tesoros que le



¿Veis la apuesta figura de D. Gastón de Peralta? Su nombre no puede corresponder sino á los superlativos. Tenía que serlo todo: Cruzado de Santiago, Gobernador de León, Corregidor de Toledo, Virrey, Gobernador, Capitán General de los Reinos de Nueva España y caballero del Toisón de Oro. Ahí le tenéis orgulloso de su ilustre abuelo é individuales conquistas



Aún niño murió D. Juan de Peralta, nacido en 1419 del primer Mosén Pierres y de su mujer. Ahijado de Reyes, su gran llave de gentilhomme demuestra la confianza que la Corona depositaba en su ilustre Casa, quien la servía con acendrado amor patrio y la lealtad de un perro, cuyo noble animal aparece á los pies de este Infante infanzón

y capitán general; concediéndole Carlos III, á perpetuidad, el derecho de pintar en su escudo las armas reales.

Para mayor vinculación con familia reinante, casó con Doña Ana de Brabante, de la casa de Borgoña, esa que arraigó como algo propio en toda la Península ibérica, donde tanto se ha destacado la Cruz de San Andrés.

En unión de su consuegro el arzobispo de Toledo, concertó las bodas de Don Fernando de Aragón y de Doña Isabel, la Santa de Castilla, la Madre de España.

Los Reyes Católicos, reconocidos á tan buenos oficios, llevados á término en favor de la grandeza patria, vincularon en la casa de Peralta la célebre *Tizona*, prolongación del brazo victorioso de Rui Díaz el Campeador; preciada



Don Pedro Manuel Velluti y López de Ayala, XII marqués de Falces y XV conde de Santisteban de Lerín, bisabuelo del actual poseedor de dichos títulos. Tan ilustre prócer aparece pintado por Gutiérrez de la Vega, con una precisión de líneas y colorido que más bien simula estar ensayando ante un espejo un mesurado discurso, lleno de austera rectitud

subieran á la cima del poderío. Vivió rico y esperanzado, y murió pobre, pero no escéptico.

Su último gesto era el peculiar del gran señor que gasta sin tasa y que sabe que su postrer dinero servirá, después de su muerte, para premiar los desvelos del físico, que no se sometía á la idea de que aquella su pertinaz dolencia sirviera de vehículo á la eterna morada.

Esta casa de los Acuña, tan llena de prosapia, tras mil vicisitudes, asentóse en Navarra, y en este reino se funde, hasta llevar nombre y armas de los Peralta, los cuales venían realizando tales y tan distinguidos hechos en pro de su reino, que el monarca tenía colmados de privilegios, mercedes, tierras y señoríos.

Tan esclarecido linaje se apoya sólidamente, sin el menor titubeo hasta nuestros días, sobre aquella recia piedra angular, que á la vez lo fué de su reino y se llamó Mosén Pierres de Peralta, de prestigio sólo igual al alcanzado por el primer D. Juan de Austria; pues, como éste, aquél fué nieto y hermano de reyes. Su padre fué don Pedro, infante de Navarra.

Los merecimientos personales del hijo diéronle la ricahombría de Navarra y los señoríos de las villas de Peralta, Andosilla, Marcilla y Villanueva.

Ved en ellos una vez y otra afianzado el tronque real: Los hijos de este ilustre varón, fundador de tan prestigiosa casa, apadrinados son al nacer y al contraer sus nupcias por sus parientes los monarcas de Navarra y Sicilia. Doña Juana de Peralta es ahijada de la Infanta doña Isabel, y al referirse á ella en una histórica carta, le llama: ... *fija de nuestro bien amado el fiel consellero et maestre dotal mayor, Mosén Pierres de Peralta*. Tan ilustre dama es dotada, por la munificencia de su regia madrina, con 45.000 florines, al contraer matrimonio con el señor de Valdeizarbe, primer mariscal de Navarra y nieto de Carlos II.

Ahí tenéis al segundo Mosén Pierres de Peralta, hijo del generador de su estirpe. Como tal hereda los cuantiosos bienes é ilustres títulos de su padre, y gana, por sus cualidades pujantes de conquistador, el condado de Santisteban de Lerín.

Sus raras dotes de marcial estratega y de astuto diplomático le llevaron á exornarle con la Gran Condestabla de Navarra, en la Corte de Don Juan II, cerca del cual fué lugarteniente

reliquia nacional que con ávida veneración continúa guardada hasta nuestro tiempo por la casa de Falces, heredera directa de toda aquella ininterrumpida línea de los Peralta, que marcaron su paso por tierras navarras, aragonesas y castellanas con una fulgurante y esplendorosa estela, así de varones sabios y tenaces, como de damas virtuosas, discretas y bellas, demostrando alguna de ellas varonil entereza.



MOSEN PIERRES DE PERALTA
Hijo del Rey de Navarra y fundador de la Casa de Falces

El primer marqués de Falces mereció serlo D. Alonso Carrillo de Peralta y Acuña. Fué en Navarra dos veces gran condestable, y en Castilla, corregidor de las ciudades de Ubeda y Baeza, por el emperador Carlos V.

Quien hoy lleva con honor para la casa, como jefe de ella, el marquesado de Falces, en unión de otros títulos á él inherentes, D. José María Velluti Zibikowski Velluti y Tello de Peralta, es un cumplido compendio psicológico de aquellas prestigiosas figuras estroma de un linaje brillantísimo, justamente ensalzado por la historia patria. Los retratos que decoran los adamascados lienzos del *hall* de tan señorial morada en señalados días, al extinguirse la luz solar y en complicidad con suavísima penumbra de la débil lamparilla que ilumina un bello cuadro valón, animanse sus siluetas; con permiso de los célebres pintores que las trazaron (los Ticiano, los Pantója, Van Dick, Coello, Madrazo...); forman, al parecer, anacrónico grupo y cuchichean, diciendo los más viejos á sus nietos cómo, en los albores de tan prócer familia, cuando los monarcas navarros juraron en la iglesia de la Rúa guardar los privilegios de Estella, uno de los que á la reunión misteriosa han descendido más presuroso del ornamento que le enmarcaba, asistió en el séquito, entre los Grandes del Reino; añadiendo otro que, cuando Castilla ciñó las demás coronas de la tierra hispana, Carlos V confirmó á la casa de Falces el asiento en Cortes, con mayordomo mayor, á perpetuidad, del reino de Navarra; privilegio que ya había ratificado su madre, Doña Juana, la del amor vesánico. El Emperador, para que las venideras generaciones no abrigaran duda alguna, asevera un tercero, lo escribió en una carta, fechada en 17 de Mayo de 1527, con el refrendo de D. Francisco de los Cobos. El magnate que añade tal comentario, en el que se afirma, por haberlo leído en documento fehaciente, dice que en él se consignan estas palabras: *El inclito D. Alonso Carrillo de Peralta, Marqués de Falces, nuestro pariente y Mayordomo Mayor en el Reino...* El chírriar de una puerta disuelve, por arte de encantamiento, la extemporánea reunión, y todos vuelven á ocupar el lugar que la etiqueta les tiene reservado: el de custodios de la *tizona* del Cid y de mantenedores de la Grandeza de la Casa de Falces.

EL DOCTOR FERNANDEZ DE ALCALDE



Figura femenina que en nuestra alta sociedad goza de las más fervientes simpatías es esta de doña Sarah Davis, esposa de D. Guillermo Solms, dama bellísima que une á sus prendas de bondad las dotes de una clara inteligencia y las cualidades de una verdadera y alta distinción espiritual.

(Fot. Scaicni)

CÁMARA-FIL



«Batalla de Bailén (Rendición)», cuadro de Casado del Alisal, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

(Fot. Cortés)

ERA el aniquilamiento, era la consunción, era el mayor de los suplicios humanos: el de la sed, que forra de esparto el esófago; el del ansia de beber, acrecida por la lumbre que caía de aquel sol de fuego andaluz; de un sol que se derretía por el llano, con las incandescencias de la canícula. ¡Quién lo dijera! Las gorras de pelo, de chapa y erguido plumero; los morriones de cordonadura de estambre; los cascos de cimera romana y larga cola de crin; toda aquella indumentaria teatral que ha recorrido en triunfo Europa; los mostachos grises de veterano; los rostros cruzados de cicatrices de los soldados viejos; los bravos marinos de la Guardia Imperial, de arrogancias dignas de Escipión el Africano; toda esa gloria napoleónica se ha hundido con sus grandes caballos, sus grandes cañones, con la grandeza de sus caudillos, en el abismo de la derrota. De sus filas ha surgido la suprema súplica de la vida. Desde el alba dura el cruento combate. Entró el fuego de la tarde. Los cuerpos no pueden más. El río está ante ellos acogedor. ¡Agua! ¡Agua! ¡El armisticio!

No menos pesa la losa del sufrimiento del lado acá de la corriente. También la gente se ahoga en este campo español. La naturaleza es una. Pero hay el hábito del clima; pero hay la fuerza del entusiasmo, la fe en la patria. El deber se detiene en el umbral del sacrificio. La patria lo hace rebasar. Enfrente está el honor militar sólo. Y otra causa le grita á la sed: ¡espera! Las huestes hispanas son tropas bisoñas, acumuladas de cualquier modo, aprisa y corriendo, mal vestidas y peor alimentadas, tan deficientes de armamentos, que se dan batallones en que no se cuenta más que con un fusil para cada dos hombres. En tan embrionarias filas han combatido extraños soldados. Los gigantes coraceros franceses se han visto venir encima unos singulares jinetes. Pequeños caballos, rápidos como centellas. Sobre ellos, un vistoso indumento; cachuchas ó monteras de

paño; chaquetillas cortas; botas hasta la rodilla, de cuero, con caireles. Unas largas lanzas sin banderín. Son paisanos, son piqueros andaluces, y sus cargas han sido una tromba arrollándolo todo. Asombro de Dupont. ¿Quiénes son esos? ¿Endriagos? ¿Campesinos, mi general! El ejército regular ha mostrado la misma bravura. Nuestra infantería de siempre: los heroicos regimientos de Zaragoza, de Murcia, de la Reina, de la Corona, de las Ordenes Militares, de Córdoba, de Valencia, de Africa, de Burgos. La caballería aguerrida: los regimientos de Montesa, de Farnesio, de la Reina, de Numancia, de Borbón, de Calatrava, de España, de Santiago, de Sagunto, del Príncipe, de Pavía. Han inmortalizado unos y otros sus nombres. E incansables ingenieros y artilleros intrépidos. Y ellos, lampiños, reclutas, jóvenes, imberbes, han vencido á los que vencieron en cien batallas. ¿Quién siente sed? ¿Quién se acuerda de beber?

¡Ah, sí! La hora de redención llegó. Sonó el reloj de la tregua. Es el minuto de la vida. Y trocados súbitamente en hermanos, fraternos un segundo, allá van franceses y españoles en calladas filas á beberla, cobijados por el silencio supremo que ha sucedido al fragor horrisono de alaridos y cañonazos, de gritos y fusilerías, que empezó á retumbar con la aurora. Aquellas aguas refrigerantes anegan, de momento, los odios. Las riza un aura de paz. Ellas bajan de los labios al corazón.

Dupont, el soberbio mariscal, uno de los favoritos de Napoleón, se ha rendido. Sus fuerzas sumaban 26.875 infantes y 4.898 caballos, con 39 piezas de artillería, de los que es justicia rebajar sobre 4.500 que constaban hospitalizados una semana antes de la batalla. Se hallaba situado este ejército en Andújar y Bailén, frente á Menjíbar, del lado allá del río y extendiendo algunos destacamentos á Linares. Ascendían las tropas españolas á 33.400 infantes, 2.600 caballos y 28 cañones. Radicaba su núcleo principal,

del lado acá de la corriente, en Bailén, con reservas entre Molino é Higuera, en Lopera, en Villanueva, en Menjíbar, cerrando el paso del Guadalquivir por Linares. En 16 de Julio, precisamente en el aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa, sufre Dupont en Menjíbar el primer descalabro. Tres días después, en Bailén, es completamente deshecho. Su lugarteniente, Vedel, llega al campo tarde para remediarlo. Unos años más tarde le acontece lo mismo á Napoleón en Waterloo con Grouchy. Dupont se disculpa con el Emperador alegando su inferioridad numérica. Nuestros heroicos defensores de Zaragoza y Gerona no la tuvieron en cuenta nunca. Rindiéronse 18.242 hombres, teniendo los franceses 2.200 muertos y 400 heridos, y los españoles, 243 de los primeros y 735 de los segundos. Datos tales son de una elocuencia abrumadora. Como dice el culto y malogrado coronel Ibáñez Marín, que historió el combate, revelan el encarnizamiento con que se luchó. Y el anochecer ardiente de aquel 19 de Julio ve, en una estancia castiza de muebles de roble, de sillones de damasco, de alto reloj de cuco, de pavimento vestido de estera fina, en el palacio de los Castejones, de Andújar, los milites de gran uniforme que mojan la pluma de ave en el tintero de loza para firmar la capitulación.

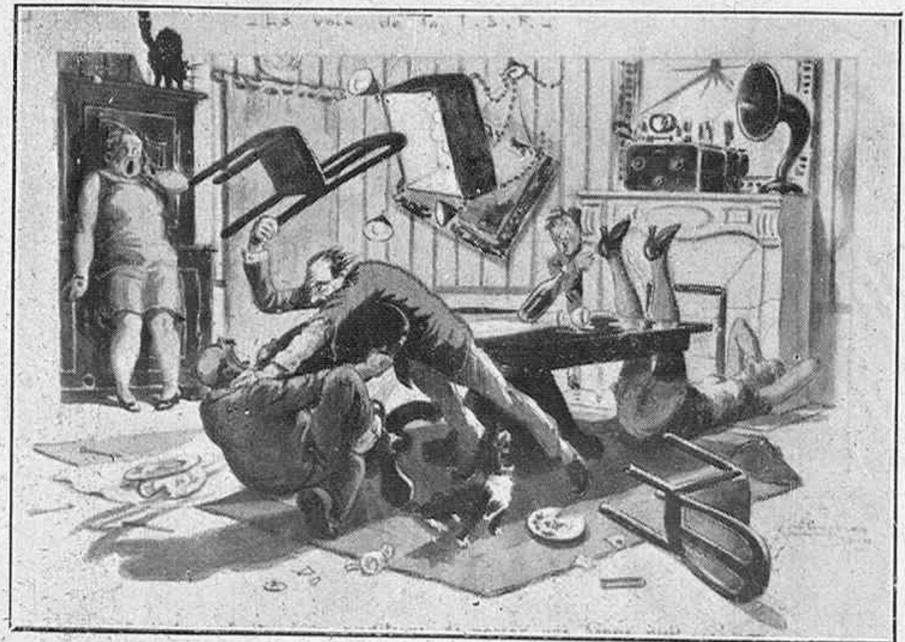
Figura simbólica del triunfo de Bailén es la de Castaños, hábilmente secundado por Reding. Pero si grande es su actuación como caudillo, no lo es menos su respuesta á Dupont, cuando al ofrecer el galo su espada, deja hablar á su orgullo herido: «Mi general: os entrego este acero, con el que he vencido en cien batallas.» Y devolviéndole la espada con castellana nobleza, aquel hombre pequeño, enjuto, que tiene la delicadeza de no mostrarse ufano, que respeta la desgracia, que es un humorista, como lo demostró en el curso de su vida, replica, sonriente y sencillo: «¡Pues, mi general, ésta es mi primera victoria!»

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LA VIDA ARTISTICA EXTRANJERA LOS HUMORISTAS FRANCESES



«La pieza belga», por Poulbot



«Radiola desea a sus auditores una noche feliz», por J. Chaperón

EL Salon des Humoristes franceses ha prestado unos cuantos días de animación al Palais de Glace, de París, al mismo local en que viene celebrándose desde hace veintidós años.

No desmerece la obra presentada este año de las que dieron fama excelente y merecida á ese salón, en que suelen hermanarse el ingenio galo, la gracia de la línea francesa y el cuidado en la ejecución.

Los nombres de los grandes caricaturistas franceses siguen conservando sus prestigios y constituyendo una primera línea difícil de franquear por los nuevos; los que arriban á ella son positivamente hombres de mérito que, por añadidura, han tenido la fortuna de acertar.

El viejo Guillaume, por ejemplo, parece, por sus bríos y su modernismo selecto y de buen gusto, demostrados vigorosamente en *El te*, un muchacho, aunque su firma sea vieja en los periódicos ilustrados.

Poulbot en *C'est une pièce belge qu'il avait avalée... elle es passée tout de même!*, firma con una sola figura su persistencia como soberano intérprete de esos tipos de muchachos á que los



«La voz de su amo», por F. Roch

franceses llaman ahora *poulbots* porque el gran artista acertó á pintarlos como nadie, y suma á esa figura otras dos dignas de ella iguales por su gracia.

George Villa, en cambio, muestra un tipo completamente distinto, pero igualmente acer-

tado, de niño y, además, las caricaturas de animales y cosas en que es especialista.

Juan Chaperón busca el efecto cómico en los contrastes singularmente: entre el deseo del *speaker* y la realidad de la vida; pero le logra, además, naturalmente, con la expresión admirable de sus figuras en que las muecas trágicas producen, por contraste pictórico también, enorme efecto cómico. «Radiola desea á sus radioescuchas una buena noche» es un pleno acierto de doble humorismo.

F. Roch utiliza la frase tan repetida y característica «La voz de su amo» para hacer un dibujo atrevido y desvergonzado de honda intención ácrata.

Y como éstos, de los que reproducimos en estas páginas las obras culminantes del *Salon des Humoristes*, merecen ser citados Bib por un *panneau* en que figuran conocidas personalidades políticas de la actualidad muy graciosamente caricaturizadas, y algunos más, y el mismo Georges Villa por obras de género muy distinto de las que antes hemos comentado, y singularmente por la que rotula *Idilio moderno sobre un fondo antiguo*.



«El te», por Guillaume



«Niños», por G. Villa

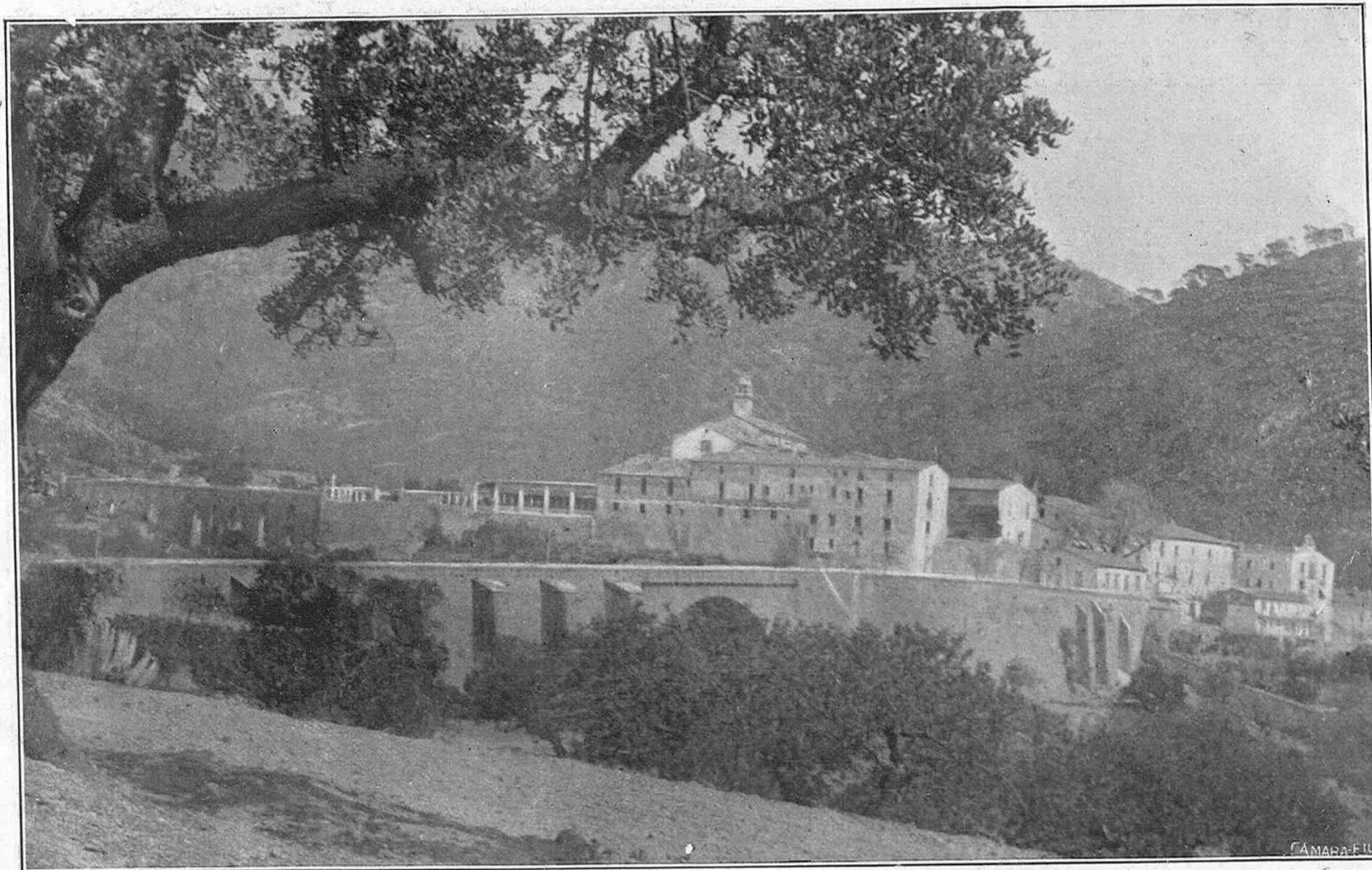
« ESTRELLAS » DEL CINE



CÁMARA FOTO

BESSIE LOVE

Una de las bellezas más afamadas de Los Angeles



Vista general del Monasterio y acueducto de «Porta-Cœli», en la sierra de Náquera (Valencia)

BELLOS LUGARES DE ESPAÑA

LA CARTUJA DE «PORTA-CŒLI»

Sólo veintidós kilómetros de excelente carretera separan á la hermosa Valencia del famoso cenobio cartujano de *Porta-Cœli*. Y es, á la verdad, de lamentar que, no obstante lo breve y cómodo del viaje, facilitado hoy por buenos *autos* de línea, no sea obligada etapa de la gran corriente turística que durante los meses favorables recorre las encantadas tierras levantinas.

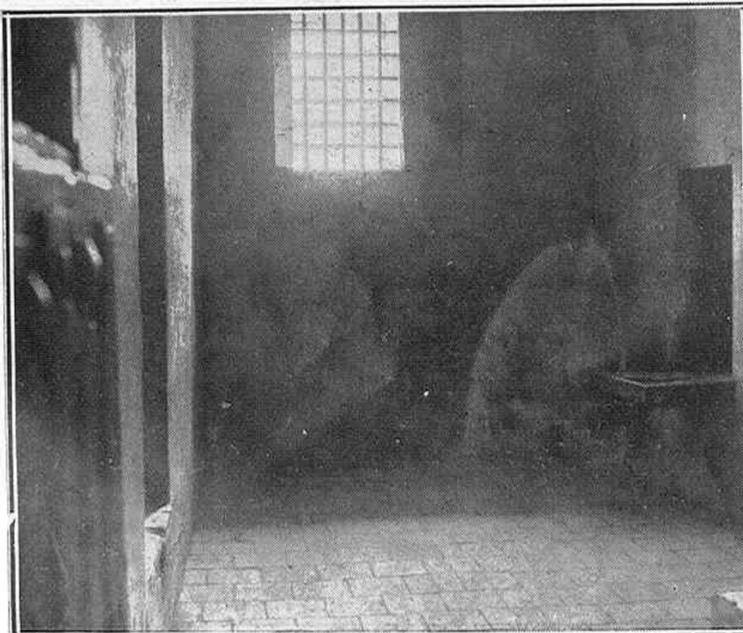
No puede presentar, en verdad, esta Cartuja al fervor extático del peregrino aquellos primores decorativos y magnificencias arquitectónicas que aún muestran, en mejor ó peor estado de conservación, otros monasterios españoles de la Orden de San Bruno—tal los de Miraflores y El Paular—, aunque, á través de las guerras y las depredaciones, posea todavía *Porta-Cœli* caudal artístico bastante para justificar la visita. Pero, como compensación generosa, ofrece uno de los más seductores paisajes del país valenciano, bajo un cielo casi siempre azul; frondosos pinares que embalsaman los purísimos aires de la sierra, y, en el transcurso de la primavera, la policromada alcatifa de sus huertos perfumados de rosas, jazmines y azahares.

Si, recogido el ánimo, se contempla desde la última revuelta del serpenteante camino que atraviesa el valle de Lullén, la imponente masa del convento, gallardo y severo, destacando la albura de sus muros y la nota rojiza de su soberbio acueducto, sobre el fondo esmeralda de la sierra de Náquera; si el espíritu del viajero se retrotrae en aquellos instantes á los lejanos tiempos de la reconquista de Valencia, cuando fray Andrés de Albalat, confesor y canciller del rey Don Jaime I, pusiera la

primera piedra del santo retiro, entregándolo en el año 1274 á los cartujos de *Scala-Dei*, en la archidiócesis de Tarragona; y si, por último, amante de las leyendas y tradiciones hispánicas, recuerda el visitante las dos más conocidas y en extremo dramáticas secularmente enlazadas con la Cartuja de *Porta-Cœli*, entonces las emociones que despiertan la súbita é inesperada aparición del cenobio, la remembranza histórica y el trágico reflejo de las leyendas que sobre aquél proyectaron los siglos, preparan suficientemente

el ánimo para una fructífera paseata sentimental á través de los venerandos lugares de oración, de renunciamento y de sacrificio...

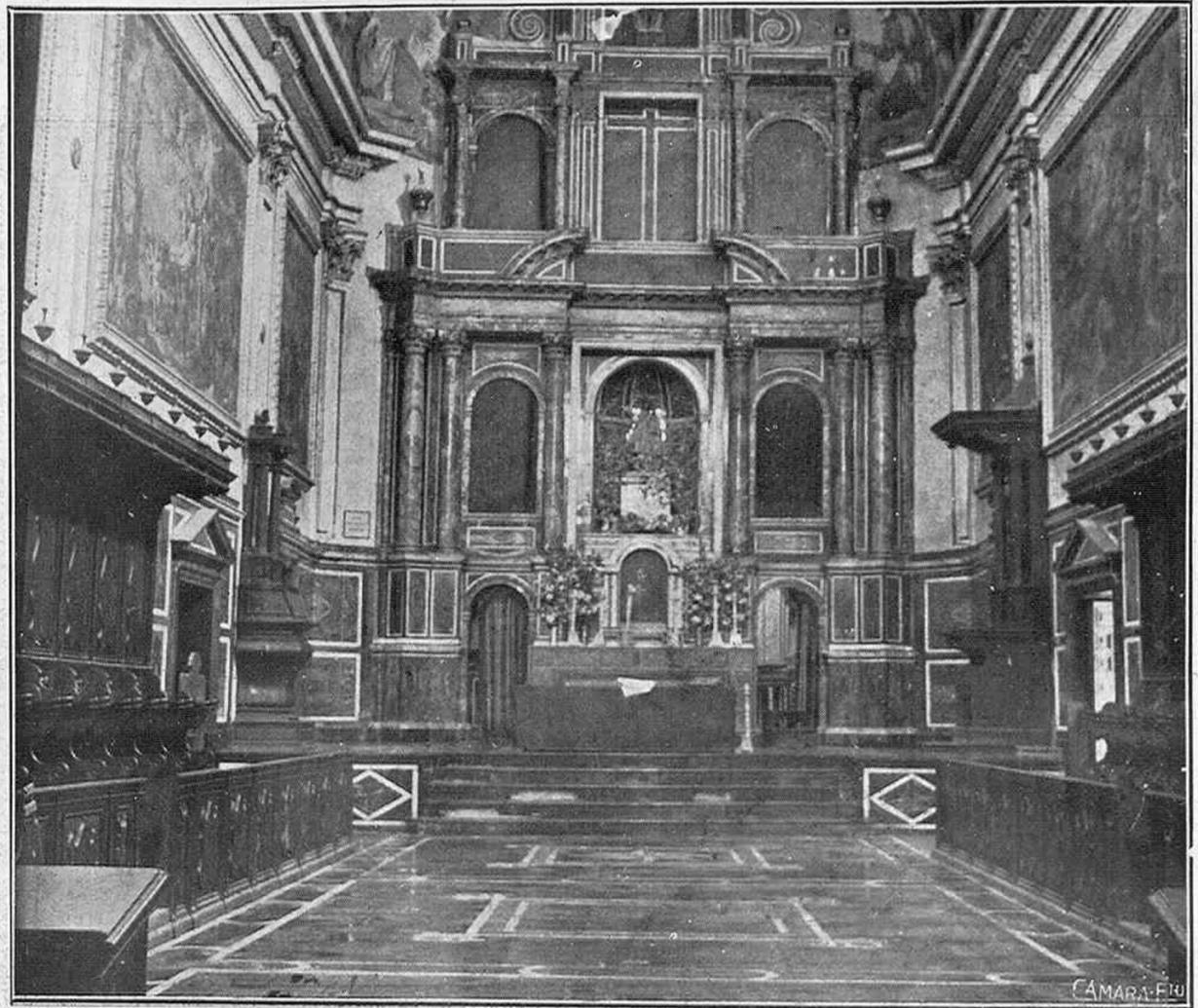
Salvando el largo puente tendido sobre el feracísimo valle, y luego de admirar la interesante fachada de la iglesia, sobre cuyo dintel campea la inscripción *Felix Cœli Porta*, penétrase en el templo, que, conforme á la costumbre de la Orden cartujana, es de una sola nave, sin capillas laterales. Nada perdura en la iglesia y los claustros de las primitivas construcciones románica y gótica, correspondientes á los siglos XIII y XIV, puesto que el cenobio hubo de ser casi totalmente reformado hacia la mitad de la décimotercera centuria, con arreglo al gusto grecorromano, entonces predominante. Mas si de la vieja fisonomía arquitectónica apenas quedan sino insignificantes vestigios de una belleza que debió ser espléndida, dada la protección constante dispensada á la Cartuja por monarcas y grandes magnates castellanos, valencianos y aragoneses, la suntuosidad y riqueza decorativa desplegadas en la época de la reforma, tanto en el templo como en sus dependencias, justifican plenamente la fama del monasterio cartujano. El pavi-



Celda de penitencia de la Cartuja, relacionada con la dramática tradición de «La sílfide del acueducto»

mento de la iglesia y el retablo del altar mayor son de mármoles riquísimos, constituyendo este último una verdadera maravilla artística, al par que una viva exposición de la producción minera del país levantino. Notables pinturas cubren los grandes lienzos de pared y las bóvedas, y es fama que en tiempos embellecían la única nave de la iglesia magníficos cuadros de los más insignes maestros de la escuela valenciana. En el retablo del altar mayor se veneraba en tiempos la imagen de Nuestra Señora bajo la advocación de *Porta-Caeli*, obra del escultor Ignacio Vergara, y á la que hoy se rinde culto en la catedral de Valencia. También es digna de detenido examen en la iglesia cartujana la sillería del coro que divide el templo en dos secciones. Admirablemente conservada, compónenla 36 sillas de nogal con altos respaldares, separados por pilastrillas dóricas, coronándola un dose! corrido que lleva por remate torneados pomos. El conjunto es de una severidad y elegancia extraordinarias, armonizando exquisitamente con la traza y exorno general del sagrado recinto.

Los claustros, el refectorio, la sala capitular y las celdas no despiertan, en cambio, en su estado actual, el interés que en épocas pretéritas debió ser crecido. Reformados los unos, despojados los otros por invasiones y revueltas políticas de su opulento acervo artístico, convertidos no pocos de ellos en dependencias de prosaica hospedería, apenas si hay algo que desde el punto de vista arqueológico ó artístico solicite al paso la devota atención del visitante. Con todo, entre lo más humilde y recogido, entre las ascéticas celdas cartujanas, hay una pobrísima y sombría, con todos los caracteres dramáticos de una prisión, que impresiona profundamente. Y es porque aquel lugar de penitencia austérrima, sin más comunicación con el mundo exterior que un reducido ventanillo inaccesible para el recluso, está asociado por la tradición popular á una leyenda trágica: la llamada de *La sillería del acueducto*, que la musa del padre Arolas, en su leyenda del mismo título, vulgarizó en España cuando sobre ella soplabla desencadenado el huracán romántico. Recae dicha caída junto al monumental acueducto que lleva las aguas al monasterio, y supone la tradición que allí vivió muriendo, á principios del siglo xv, cierto monje cartujo, condenado á perpetuo encierro por sus liviandades. El desdichado, vásta-



Retablo de mármoles y parte del coro en la iglesia de la Cartuja en «Porta-Caeli»

go de noble familia valenciana, había ingresado en la Orden de San Bruno sin la menor vocación religiosa y sólo por obedecer paternal mandato, rompiendo para ello las dilatadas é íntimas relaciones que mantenía desde algunos años antes con hermosa joven, también de elevada alcurnia, llamada Ormesinda. No se resignó la enamorada mujer á la cruel separación. Y es fama que, bajo el manto protector de la noche, y á la luz de los relámpagos, cruzaba el acueducto para penetrar en la celda del antiguo amante, entonces ya monje profeso. Descubierto el nefando delito por el prior, fué condenado el monje á morir de hambre. La apasionada Ormesinda feneció á poco envenenada. Esta trágica leyenda fué aprovechada después del padre Arolas por el literato Vicente Boix en su novela *El encubierto de Valencia*, publicada en 1846, si bien fantaseando libremente sobre la calidad de los personajes, móviles y desenlace del trágico suceso.

También está relacionada con el monasterio de *Porta-Caeli* la edificante historia de la venerable Inés de Moncada, cuyas austeridades y prodigios de santidad se relatan puntualmente en el libro de Juan Bautista Berni, editado en Valencia en 1734. Perteneciente á ilustre casa valenciana, joven y hermosa, abandonó Inés inopinadamente el mundo para consagrarse á Dios. Mas en vez de encerrarse en un claustro, como era uso general entre los desengañados de la vida, adoptó hábito de hombre y se cobijó en abandonada ermita próxima á la santa casa cartujana, habitando allí muchos años en penitencia rigurosísima. Su verdadero sexo hubo de ignorarse hasta ocurrir la muerte de tan singular mujer, inspiradora de numerosos romances populares muy extendidos durante la Edad Media en tierras levantinas, y que atribuían á un desengaño amoroso la huida de Inés de Moncada á las soledades de la sierra de Náquera y su propósito de hacer vida ascética. No es aventurado conjeturar que conocido el caso por Cervantes, le sugiriera el episodio de la hermosa Dorotea en las asperezas de Sierra Morena. Fué, por último, la Cartuja de *Porta-Caeli* hasta el último tercio del siglo xviii, época en que se inició su decadencia, prestigioso lugar de saber y virtud, contándose entre sus moradores famosos teólogos, canonistas, bibliólogos, poetas y ascetas eminentísimos.

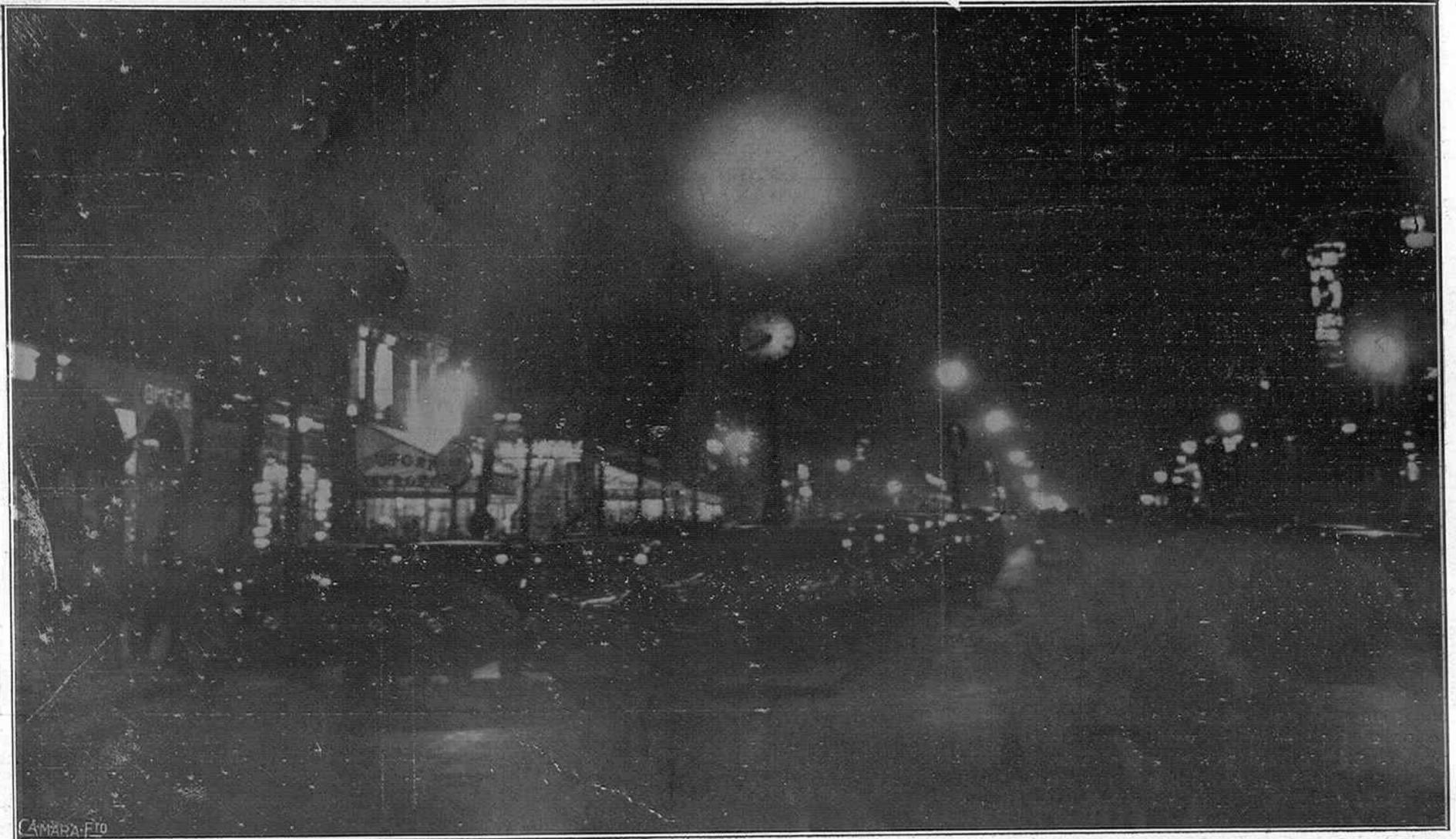


Coro de la iglesia de la Cartuja de «Porta-Caeli»

(Fots. I. Barrado)

A. TRAVELLÉ

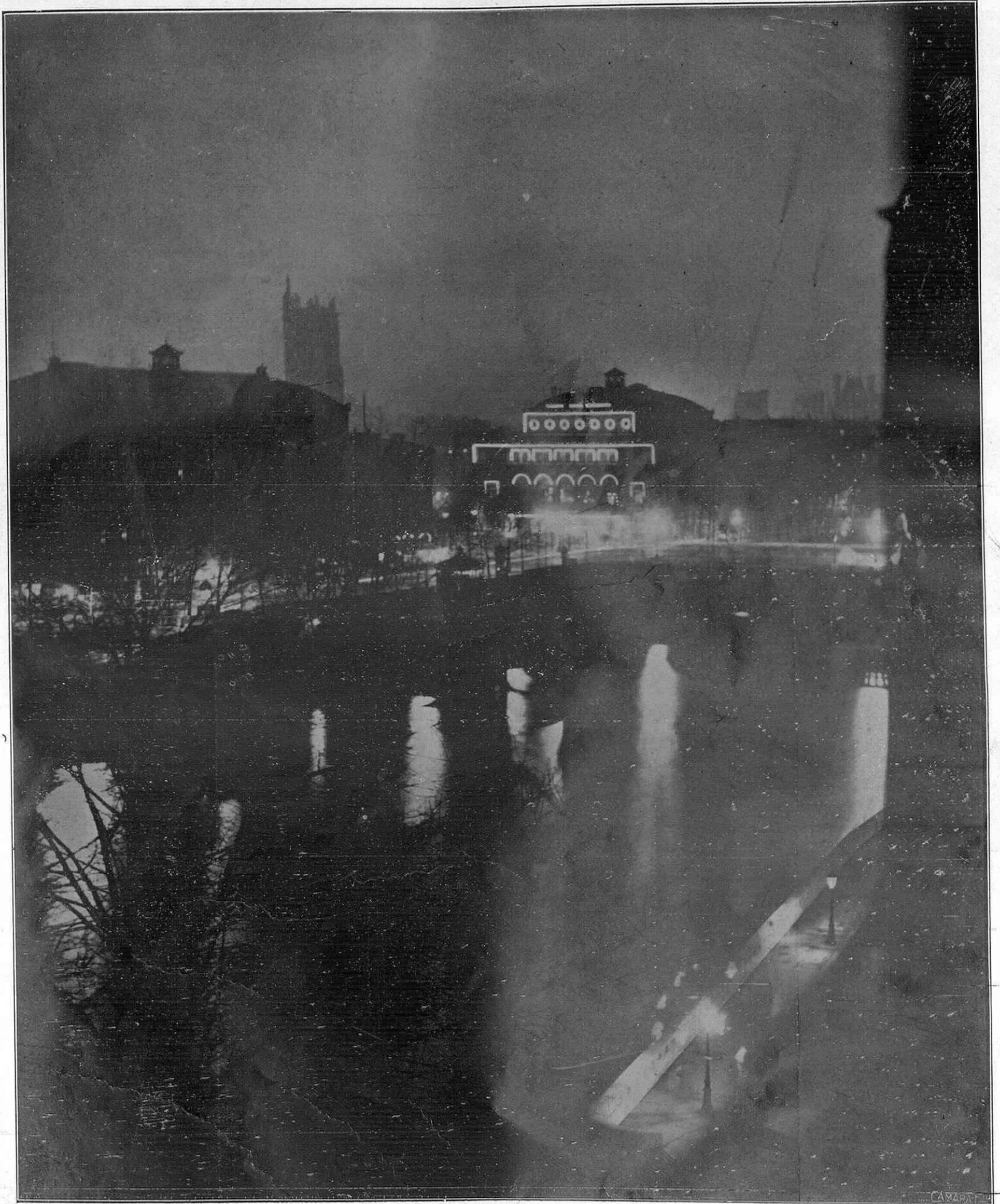
PARIS DE NOCHE ASPECTOS BELLOS DE LA "VILLE LUMIERE"



A lo largo de los grandes bulevares, donde se pierde la luz de los reflectores, las linternas de los taxis parecen los reflejos de un semáforo pródigo en misteriosas señales



Sin las propagandas de sus establecimientos y de sus anuncios luminosos, París, no obstante su fama, parecería ahora pobre en luz (Fots. Vidal)



París de noche

En día de iluminación, el Teatro Sarah Bernhardt, espléndido de luz, da un aspecto fantástico á la plaza del Chatelet y refleja sus luces en el Sena, desde el Pont du Change al Pont Neuf

CAMARÉ

LA VIDA DE LAS ESTRELLAS

COMO PREPARAN SUS TRUCOS DOUGLAS FAIRBANKS

DOUGLAS Fairbanks y Mary Pickford, he aquí dos *estrellas* de primerísima magnitud, que contrastan poderosamente con el viejo tipo del artista romántico tradicional, bohemio, improvisador, que en el arte, como en la vida, todo lo fiaba á la improvisación. Mary y Douglas lo preven todo, lo preparan todo; y esta condición, la afición de ambos á la vida familiar, tranquila y burguesa, y el mutuo amor, son los motivos que hacen cada día más íntima y dan el más característico sello de indisolubilidad al lazo matrimonial que unió hace seis ó siete años á los dos grandes artistas.

El caso «Pickfair» — nombrando al matrimonio como á su residencia por una sola palabra que une los dos apellidos — es, efectivamente, único en Cinelandia, donde el matrimonio y el divorcio parecen dos deportes consecutivos.

Tan íntima es la unión de Mary y Douglas, que no se los concibe separados, y, efectivamente, no lo están sino en los momentos en que trabajan. Esos momentos coinciden siempre: los dos artistas arreglan sus planes de manera que jamás está uno libre cuando trabaja el otro; quieren que coincidan sus horas de libertad para pasarlas juntos en la más dulce intimidad: en la vida agradable de un hogar burgués sobre un parque en que hay una calle que va formándose lentamente porque cada árbol plantado un día, aniversario del de la boda, señala un año de felicidad.

Douglas y Mary, sin embargo, parecen constituidos expresamente para odiarse; son como antípodas físicos y morales; ella, menuda, grácil, rubia, con todo el aspecto de una gran muñeca, con resortes mecánicos; él, grande, moreno, musculoso, con una constante agitación de hércules exuberante de vida. Contra todas esas apariencias externas, su compenetración es absoluta; y, en Hollywood lo sabe todo el mundo, es necesario no separarlos nunca; quien lo hiciese no lograría borrar las sonrisas constantes en las dos fisonomías, porque esas sonrisas han llegado á ser algo ritual en Mary y en Douglas; pero les produciría un hondo disgusto engendrador de

antipatías profundas también. Podría pensarse, viendo esas aparentes diferencias, y pensando en la absoluta compenetración real, que Douglas y Mary son como dos partes distintas de un mismo ser que se completan, y que sólo unidas pueden vivir.

¿Riñen alguna vez los felices esposos, ó, por lo menos, están alguna vez disgustados? Nadie podrá afirmarlo con pruebas, porque nadie los ha visto nunca sino sonrientes y agradables: en su vida familiar, en sus recepciones de tono muy burgués, en las fiestas á que les invitan en el es-

tudio. Mary y Douglas sonríen siempre; varía según las circunstancias el pliegue de la sonrisa; pero sonríen siempre, y su sonrisa aumenta el aire acogedor característico de los dos artistas.

En apariencia, sin embargo, sus caracteres difieren aún más que su físico; el de Mary es marcada, desesperantemente pasivo á veces; el de Douglas es todo actividad ostentosa. Quizás para diferenciarlos mejor podríamos decir que la graciosa muñequita vive para dentro y el atleta incansable tiene, sobre todo, vida exterior.

Mary ha heredado de su madre no sólo una gran fortuna, hecha principalmente negociando sobre terrenos y fincas en Hollywood, sino el espíritu mercantil y el talento para los negocios.

Se ha comentado mucho su intervención — única femenina — en un banquete de financieros, á los que sorprendió con un discurso admirable y admirablemente documentado sobre posibilidades industriales en California. Mary es la encargada de las finanzas del matrimonio, y mientras ella cuida la fortuna, sin faltar por eso á ninguno de sus deberes profesionales, al contrario, superándose mediante intervenciones muy activas en la postura y en el lanzamiento de las películas, Douglas puede dedicarse por entero á su cultura física y á la educación gimnástica que desde muy pronto hizo de él un especialista, y en la que cada día se especializa un poco más.

Como Mary, Douglas tiene en el Pickford-Fairbanks-Studio un *bungalow* para descansar y preparar su trabajo; pero entre las dos casitas hay también diferencias considerables.

La casita de Mary es un chalet, de gusto francés, pintado de verde, que contiene: una sala con un tocador, una cocina, un salón, un cuarto de baño y un despacho.

El de Douglas es mucho más sencillo; verde también, pero sólo tiene una pieza grande, sin más muebles que una mesa grande también y un sillón, un tocador, un despachito y, fuera ya de la casa, un jardín amplio, en que hay barras fijas, paralelas, un pórtico y otros aparatos gimnásticos: en



Douglas Fairbanks gusta de mostrarse dominador de Mary Pickford, quizá porque está seguro de ser perpetuamente dominado



el pabellón, hay, además, una instalación hidroterápica completa.

El personal que ayuda á Douglas en sus trabajos es muy heterogéneo: á los tipos que pueden verse en todos los estudios, se unen, en el de Fairbanks, masajistas, gimnastas, acróbatas, jongleurs, especialistas en trucos de *music-hall* que enseñan sus trampas al artista de *cine*, haciéndose pagar muy cara la enseñanza.

Douglas siente pasión por todos los ejercicios de fuerza y destreza, y dedica diariamente algunas horas á su cultivo. Frecuenta los circos y los teatros de variedades en busca de trucos inéditos, y cuando encuentra alguno, contrata como maestro al artista que le presenta, y se entrena con él y bajo su dirección hasta llegar á emularle.

Constantemente le acompañan cuatro ó cinco de esos maestros, y con sus lecciones logra convertir los números de *music-hall* en detalle de películas. Así, una vez le lanzan un cigarrillo encendido y le recibe en los labios, sujetándole diestramente; otras veces, con una fusta, quita el cigarro á un fumador, salta inverosímilmente desde una ventana ó sobre un coche; es un barrista formidable y un acróbata prodigioso; y si algún día el *cine* dejase de ser un negocio productor y Douglas quisiera seguir trabajando, podría figurar como *vedette* en cualquiera de los grandes circos del mundo.

Para lograr ese resultado vive en entrenamiento constante, y hace una

Douglas es feliz cuando practica un deporte cualquiera. Doblemente feliz si comparte el placer con Mary



Mary Pickford, pronta á partir en su auto, mira regocijada á la lejanía: es que aparece en ella Douglas Fairbanks

vida perfecta y rigurosamente higiénica.

Los ejercicios físicos son no sólo su preocupación constante, sino su distracción predilecta.

Goza asombrando á las gentes con hazañas insólitas; por ejemplo, saltando á pies juntos un piano ó encendiendo una cerilla en una caja lanzada al aire y que al caer la roza.

Pero esa agilidad y esa destreza no le eximen de necesitar una preparación de muchos meses para las hazañas que le vemos realizar en las películas.

A veces un detalle mínimo es efecto de un trabajo penosísimo, y la preparación de esos efectos daría asunto para una película, que sería también muy interesante y, sobre todo, muy educadora.

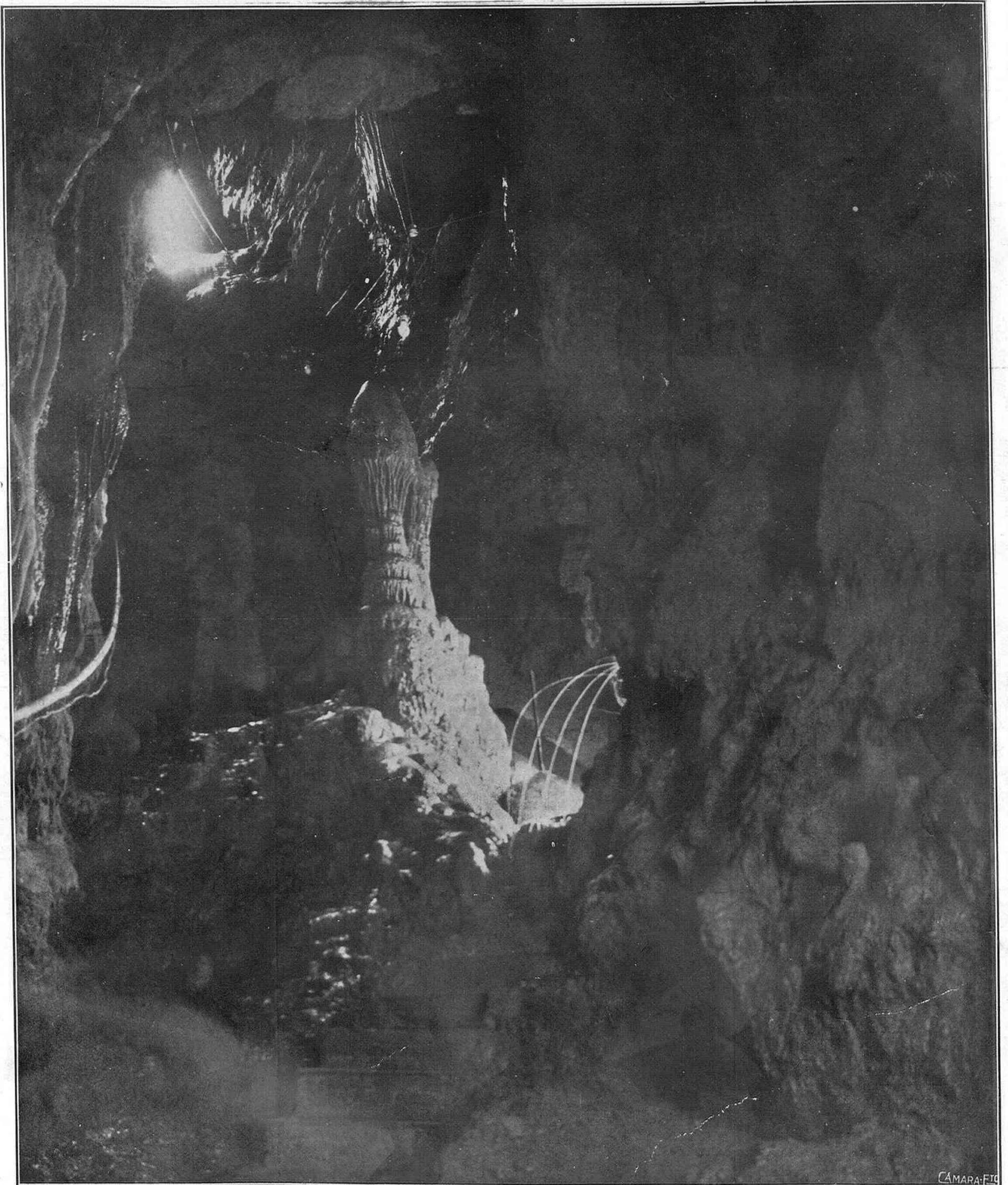
Las gentes, en efecto, suelen estimar en mucho menos de lo que debieran el esfuerzo constante que por recrearlas en sus horas de ocio realizan en una vida fatigosa, de incesante trabajo, sus artistas favoritos.

En la pantalla, los alardes de fuerza y destreza de Douglas parecen demasiado fáciles cuando no son juzgados equivocadamente como trucos de la peor especie, verdaderas trampas de *meteur en scène*, en combinación con un fotógrafo diestro. Son, sin embargo, verdaderas proezas que, lo repetimos, costó mucho trabajo lograr.

Si la labor tenaz indispensable para realizar esas proezas fuese mejor conocida, la fama de Douglas Fairbanks sería aún más grande y sería igualmente merecida.—D. T.

CÁMARA-FU

LAS BELLEZAS NATURALES DEL MUNDO



Interior de la Gruta de la Madonna en Spezia (Italia)

(Fot. Agencia Gráfica)

CÁMARA-FIG



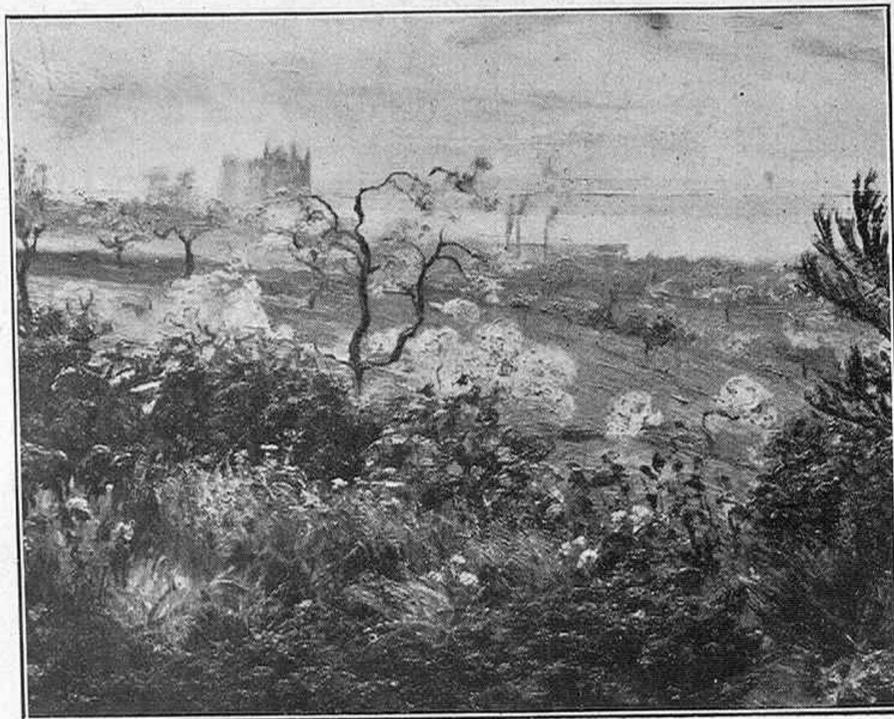
¡ S e ñ o r e s !
Descubrámonos ante el
Jabón Gal para la barba.
¡ Es insuperable !

Barra en estuche de cartón, 1,25; en estuche metálico, 1,50.

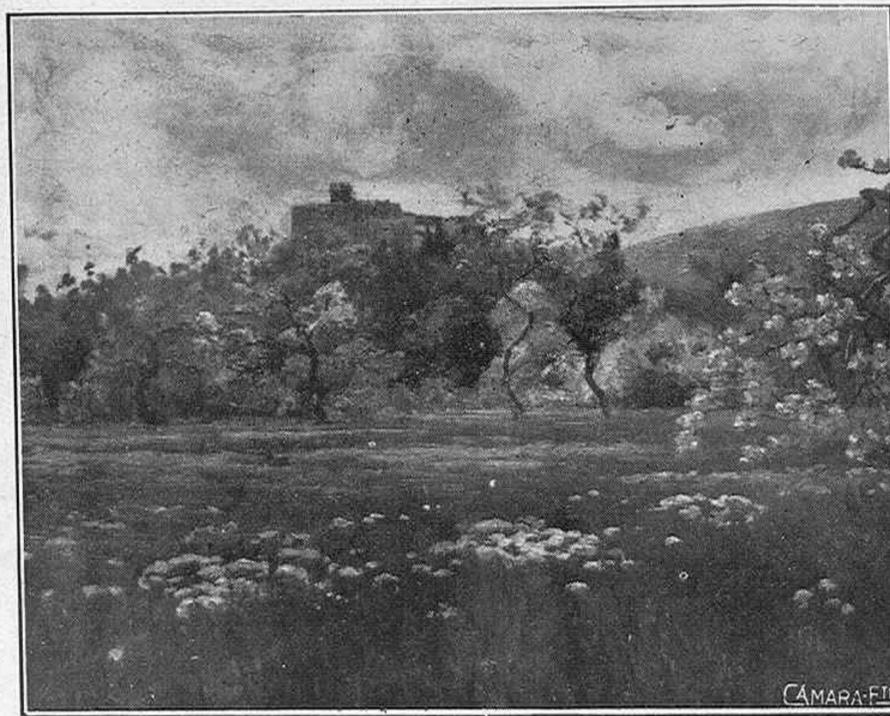
El impuesto del Timbre a cargo del comprador

EL ARTE EN BARCELONA

DOS PINTORES BALEARES



«Mañana de Febrero», cuadro de Juan Fúster

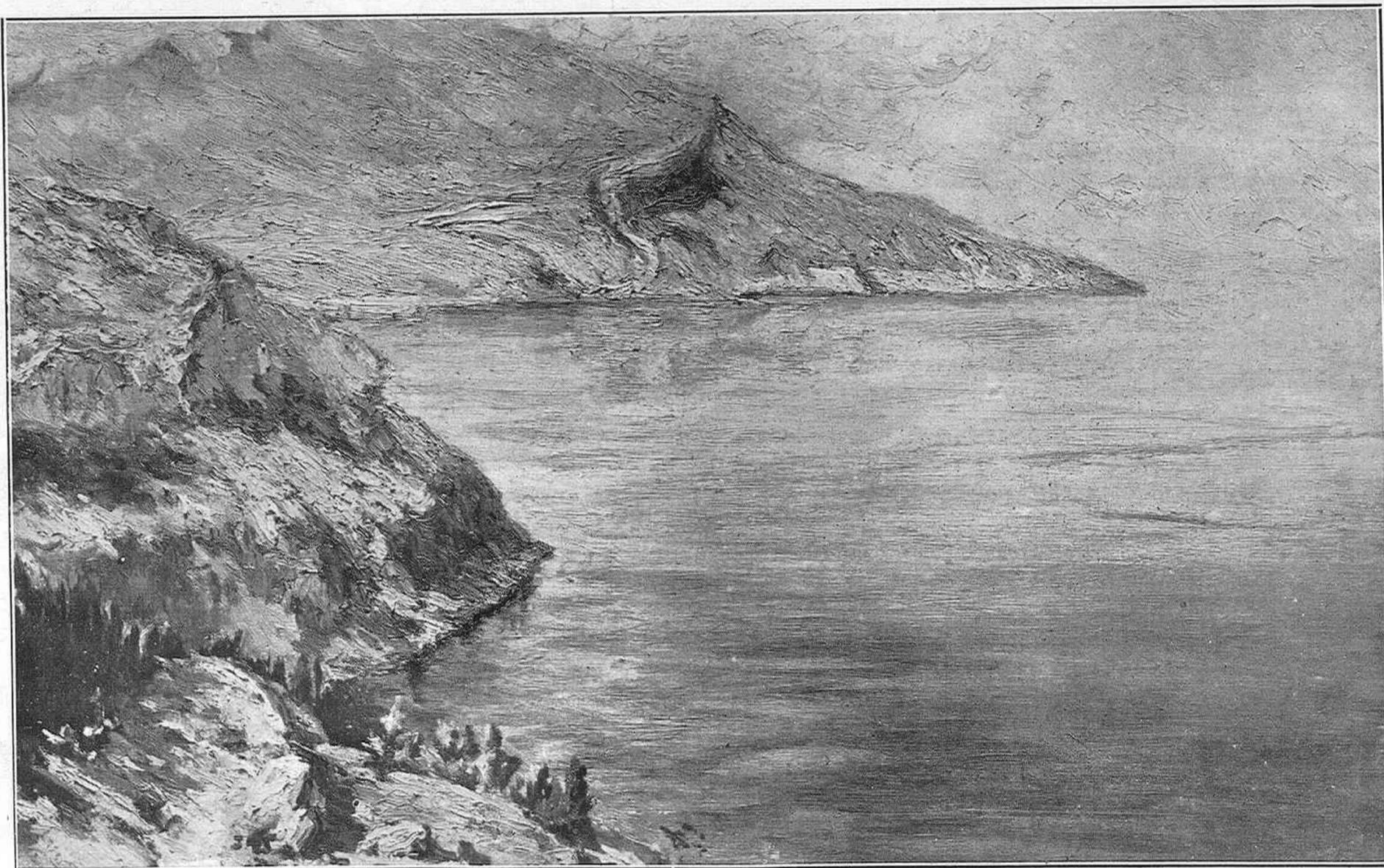


«Paisaje mallorquín», por Juan Fúster

Las Galerías Layetanas de Barcelona es uno de esos sitios donde siempre hay la seguridad de descubrir motivos para la emoción artística. Se celebran constantes y coincidentes Exposiciones modernas; se renueva con frecuen-

cia el contenido de las otras salas destinadas a objetos de arte decorativo y a antigüedades. Libros recientes que cada día aumentan la copiosa bibliografía catalana solicitan la curiosidad del visitante desde la vitrina ó al alcance de

su mano en la tendalera de entrada. Un gran eclecticismo normaliza la actuación del señor Burguet, que dirige las Galerías. Un ecléctico que sonrío sabiendo en el fondo hasta qué punto hay identidad ideológica entre su pen-



«Miramar», cuadro de Juan Fúster

samiento y los tantos diferentes de quienes exponen y quienes acuden a ver lo expuesto.

Toda suerte de valores y estilos, de tendencias y capacidades, desfilan por estas salas. Los públicos se renuevan a tono con la modalidad del exhibidor. Gentes libres de compromiso familiar ó amical ambulan solitarias, herméticas.

El espectáculo no deja de ser interesante para el crítico, aun en aquellas quincenas donde la casualidad reúne conjuntos mediocres ó anodinos en las distintas salas.

Queda entonces el recurso de buscar el refugio de las salas destinadas a la pintura y a los objetos del pasado. Incluso también se descubren en ellos muestras de perenne belleza creadas en años no lejanos, selectos testimonios del arte de fines del XIX, que alcornian, en lo que a pintura catalana se refiere, este indudable renacimiento de hoy.

Pero la circunstancia de una plural mediocridad, desde el «pareísmo» rancio al arrivismo incapacitado—porque también, y acaso más, el arte moderno suele ser un producto de incapaces, sin otra razón que la audacia rutinaria—, no suele repetirse en las Galerías Layetanas. Siempre hay exposiciones que merecen contemplarse y comentarse.

Algunas de ellas he visto recientemente, y aludiré a ellas en crónicas sucesivas. Hoy quiero referirme a dos de artistas baleares: un mallorquín y un ibicenco.

El mallorquín es Juan Fúster. Es un hombre tímido, aquietado de movimientos, de mirada enternecida por los éxtasis cotidianos frente a la naturaleza natal, bajo la bendición del sol. Entre sus cuadros pasa inadvertido, casi avergonzado, sin la arrogancia de primer término, que acusa demasiado la silueta de otros pintores pregoneros de sí mismos.

Y el arte de Juan Fúster responde a esa afable y suave condición humana. Su Mallorca—porque la Isla prodigiosa es de tal modo poliédrica, polícroma y multisensacional, que consiente las más opuestas interpretaciones—no recuerda otras Mallorcas pictóricas, no está enrolada a *ismos* anteriores. Frente a estas «bellas visiones de Mallorca», como las titula su autor, se siente la sorpresa de no hallar los esplendores, rutilancias y deslumbramientos de otros pintores.

Es una Mallorca en tono menor, de deleitosos fervores en voz baja. Palma, la dormida; Valldemosa, la henchida de romanticismo; Soller, el luminoso, se expresan con un lenguaje acariciador, como es el de naturales del país.

Grisés delicados, azules transparentes, cadmios no inflamados, verdores sin estridencia, son las preferencias tonales de Fúster. La canturía del color se espiritualiza más todavía por veladuras oportunas.



«La fiesta del pueblo», cuadro de Narciso Puget

Hacen pensar estos cuadritos de Juan Fúster—las parcas dimensiones, aquí otra característica leal a su temperamento—en una voz de crepúsculo que dice con acento personal palabras oídas ya, y que suenan de diferente modo.

Sin violencia ni soberbia impone su emoción. Lentamente se infiltra en nosotros, y volvemos a mirar estas notas sinceras, nobles y puras, espejos de un alma sensible vocativamente sumi-

que brilla más, muchísimo más, que las perlas más hermosas ó que los diamantes más valiosos.

«Visitante amigo: ya que tú no vienes a mi pueblo, yo te lo pongo delante para que conozcas algo de sus costumbres, algo de sus trajes y algo de su luz y de su color.»

Excepto dos cuadros: *En la reja* y una media figura de mujer—que acaso es la obra más completa y perfecta del artista—, todos los lienzos de Puget arden y vibran en un impresionismo vigoroso.

Los temas—procesiones, fiestas populares, faenas agrícolas—están vistos a la luz implacable del sol.

Los blancos cegadores, los rojos ígneos, los verdes metálicos, los amarillos cromo, exaltan fuertemente estas sinfonías hasta un registro de potente agudeza.

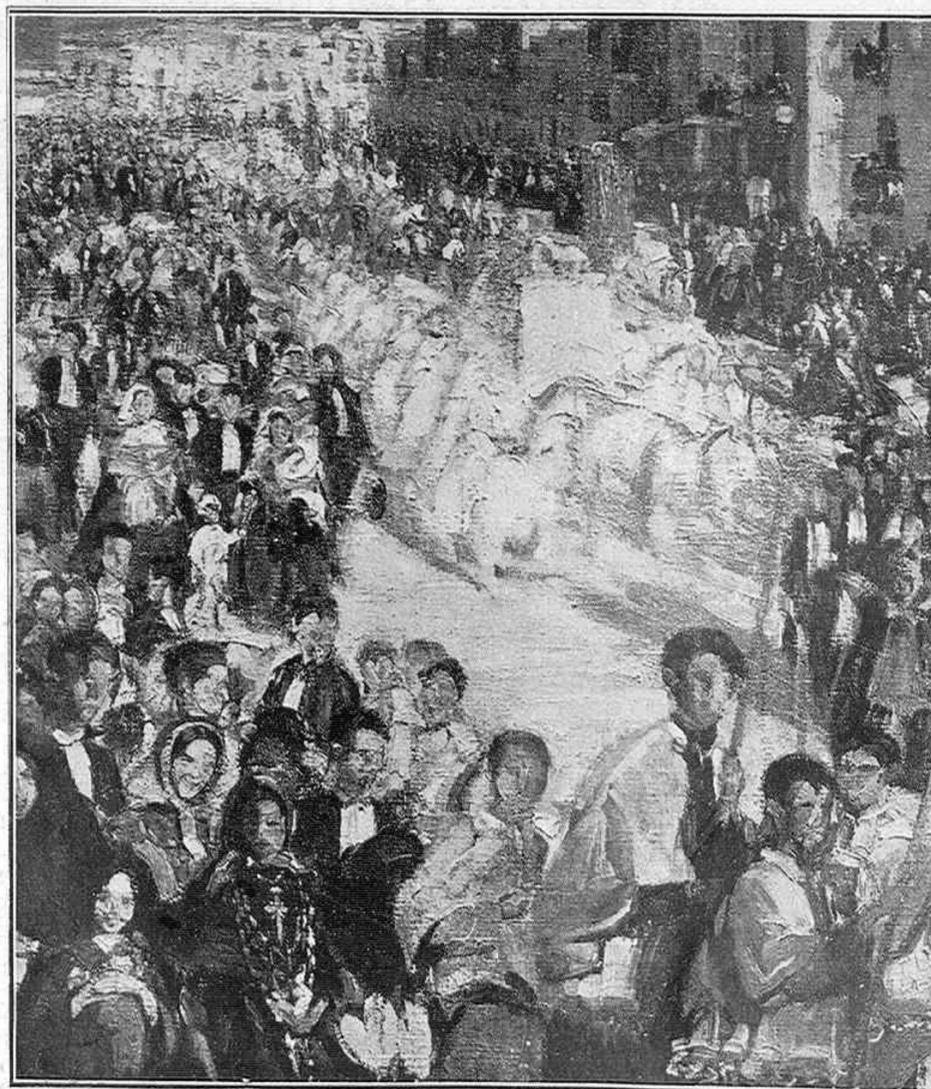
Hay como una embriaguez dionisiaca de la claridad a toda amplitud y todo riesgo.

En Ibiza se sentirán arder el pensamiento y los ojos. El sorollismo queda un poco mortecino en el recuerdo frente a estas notas de tal agresividad luminica.

Ciertamente, la apelación del artista está justificada. Esos trajes arcaicos y magníficos que transforma a las campesinas en princesas de cuento oriental; paisajes con calidades gémicas, con desfiles de las triangulares pompas de pendones, señeras y banderas por las calles blanquísimas y bajo el cielo terso, sin una sola nube, merecen ser contemplados en su vívida fulguración propia.

Otros pintores ya lo sabían.

Recordemos a Rigoberto Soler, uno de los más fuertes y admirables maestros jóvenes de la pintura valenciana que desde hace algún tiempo radicó en Ibiza y desde Ibiza va enviando también a Madrid, a Barcelona, a América unos lienzos saturados de la energía racial y la fulgencia luminica de la bella isla balear.



«La procesión del Corpus», cuadro de Narciso Puget

SILVIO LAGO

Una excursión por la Mancha

Unos días en Consuegra

EN mi deber informativo de divulgar los diferentes aspectos en que la vida administrativa de los Ayuntamientos españoles de más relieve se viene desarrollando desde la implantación del nuevo Estatuto municipal, no puedo por menos de ocuparme hoy en estas columnas de la gran importancia adquirida por el Municipio de Consuegra, en el transcurso de los cuatro años que lleva al frente del mismo su prestigioso y honorable alcalde, Sr. García Puch, quien amablemente me recibe y va explicándome no solo las múltiples y variadas reformas que en beneficio de la pobla-

ción se han ido realizando hasta la fecha, sino los grandes proyectos que piensa llevar a efecto en breve plazo, para embellecimiento y progreso de la ciudad de Consuegra.

—Al hacerme cargo de la alcaldía el 8 de Junio del 1925—empieza diciendo el Sr. García Puch—, no tuve más remedio que seleccionar y archivar los diferentes documentos que sin clasificar y amontonados todos ellos me fueron entregados por mi antecesor.

Una vez realizada esta labor, y de acuerdo siempre con todos mis compañeros de Concejo, y fielmente secundado por los tenientes de alcalde D. Fausto Acebal Rey, D. Francisco Gutiérrez Perulero y D. Guillermo Tejera Serrano, que componen la Permanente, me dediqué al saneamiento de los fondos municipales, y con especial interés al del Pósito; pues no existiendo en Caja, por aquel entonces, nada más que 1.500 pesetas disponibles, me vi necesariamente obligado á emplear ciertos procedimientos, que dieron un magnífico resultado, hasta el extremo de que en la actualidad podemos disponer de unas 85.000 pesetas, que dedicamos á repartir entre los labradores necesitados. Además de esta respetable cantidad, y de los muchos miles de pesetas invertidos para pago de todo lo hasta ahora construido y reformado en la ciudad, tiene el Ayuntamiento depositadas en el Banco 76.297 pesetas.

—¿Y de qué procedimientos se valió usted para obtener esa considerable cantidad de que ahora dispone el Municipio?

—Muy sencillo. Cuando tomé posesión del cargo, existían ciertas filtraciones en la administración municipal, y para depurar esto y exigir responsabilidades, hubo que instruir un expediente administrativo, el cual fué incoado por un probo jefe de la Dirección general de Acción Social, y el fallo de este prestigioso funcionario dió por resultado el que varios ex alcaldes, secretarios y depositarios tuviesen que reintegrar al Ayuntamiento grandes cantidades que faltaban por diferentes conceptos.

—¿Es ya un hecho que empezarán las obras del tan cacareado ferrocarril en el próximo otoño?

—Sí, señor. Y á propósito de esto le referiré, sin omitir detalle, cuanto ha ocurrido respecto al particular. Desde hace años viénesse hablando en Consuegra de la imperiosa necesidad de construir un ferrocarril que diese gigantesco impulso á las industrias manchegas y fácil salida para la exportación de los trigos y sus harinas, tan importantes en esta comarca, como otros varios frutos que se recolectan en la región, y que hoy se hallan poco menos que paralizados por la falta de transportes.

Estas conversaciones también fueron suscitadas varias veces en los pasillos del Congreso y el Senado, por haberse presentado en ambas Cámaras unas comisiones, integradas por elementos de gran valía, representando, como es consi-



Vista panorámica de Consuegra, tomada desde un avión

guiente, las fuerzas vivas de la región, en demanda de que los Gobiernos del antiguo régimen prestasen el apoyo necesario á lo que en justicia se pretendía conseguir, por redundar en beneficio de toda esta comarca.

Por uno de aquellos Gobiernos fué aprobado un proyecto de ferrocarril secundario; pero como no daban el dinero que se necesitaba para su construcción, no pudo llevarse á efecto, á pesar de los años transcurridos.

Desaparecida por completo la vieja política, tuve la feliz idea de practicar personalmente eficaces y activas gestiones acerca de significadas personalidades del Directorio, hasta que al fin pude conseguir fuese un hecho lo que antes parecía ser ya un imposible realizar, por carecer en absoluto del capital necesario.

El ferrocarril será de vía ancha y de los del sistema cooperativo, cuya rápida construcción, que estará terminada antes del plazo de los años estipulados, correrá á cargo de la Compañía de los Ferrocarriles Cooperativos, y su extensión es de 81 kilómetros, partiendo de la línea de Andalucía, en la estación de Cinco Casas, y pasando por Villarta de San Juan, Puerto de San Juan, Camuñas, Madrudejos, Consuegra, Turleque, y terminando en Mora de Toledo, para enlazar con la línea de Extremadura.

Los Ayuntamientos interesados en la construcción del precitado ferrocarril han visto con satisfacción la labor personal mía, y no han tenido por menos que hacer constar en acta su reconocimiento.



ILTRMO. SR. D. JOSÉ GARCÍA PUCH

Alcalde de la ciudad de Consuegra, á quien el actual Gobierno se dignó conceder, por sus relevantes méritos personales y por la acertada y encomiástica actuación en el desempeño de su cargo, la Cruz de primera clase del Mérito Militar con distintivo blanco, por cuyo motivo fué objeto de las más efusivas y sinceras felicitaciones de todos sus convecinos, siéndole regaladas las insignias por subscripción popular é impuesta la Cruz por el delegado gubernativo ante todo el vecindario (Fot. Rodríguez.—Toledo)

—¿Y lo del alcantarillado y traída de aguas, se hará pronto?

—Por el asesor jurídico del Ayuntamiento y notable ingeniero Sr. Esparza se han hecho ya los magníficos anteproyectos de alcantarillado y captación de agua potable para el abastecimiento de la ciudad, siendo necesario utilizar una extensión de red de cerca de 30 kilómetros de tubería; empezándose estas obras seguidamente.

—¿Qué otras cosas de importancia piensa usted realizar con urgencia?

—En el barrio Castell existían 56 chozas, habitadas por otras tantas familias, y dada la falta de salubridad y condiciones

higiénicas en que vivían estas pobres gentes, resultaba ser aquello un verdadero foco de infección para la salud pública, por cuyo motivo se tomó el acuerdo de derribar esas inmundas viviendas y edificar allí mismo, todo lo antes posible, una hermosa barriada de casas baratas para obreros.

También se empezará muy en breve la construcción de una espléndida Clínica de urgencia, que será instalada con todos los adelantos que la cirugía moderna requiere.

Y ahora, para que pueda usted—continúa hablando D. José—ver las mejoras hechas durante mi actuación, y darse perfecta cuenta de todas las obras realizadas, las visitaremos en estos días que piensa permanecer entre nosotros.

Tarea difícil, por no decir imposible, sería la de ocuparme extensamente de todas ellas; así que me limitaré tan sólo á hablar de aquéllas que por su importancia merecen mencionarse.

El Matadero municipal ha sido reformado y dotado de todas las condiciones higiénicas y adelantos modernos que requiere el sacrificio de reses lanar, cabrío y de cerda.

Un Mercado cubierto, de reciente construcción é instalado higiénicamente.

Se han pavimentado las principales calles; asfaltado sus correspondientes aceras; aumentado considerablemente el alumbrado público, y adquirido un autobomba-cuba para el riego de la población y servicio de Incendios.

Una de las calles, ó sea donde vive D. José García Puch, lleva el nombre suyo, dado por unánime acuerdo en una de las sesiones públicas celebrada por el Consistorio, y en demostración del gran interés que este alcalde ejemplar se viene tomando por el engrandecimiento de su pueblo.

Terminación del hermoso paseo de Ramón y Cajal, que tiene una extensión de 482 metros, habiéndose instalado 18 potentes focos eléctricos y una enormidad de espaciosos bancos, para que el público pueda descansar cómodamente.

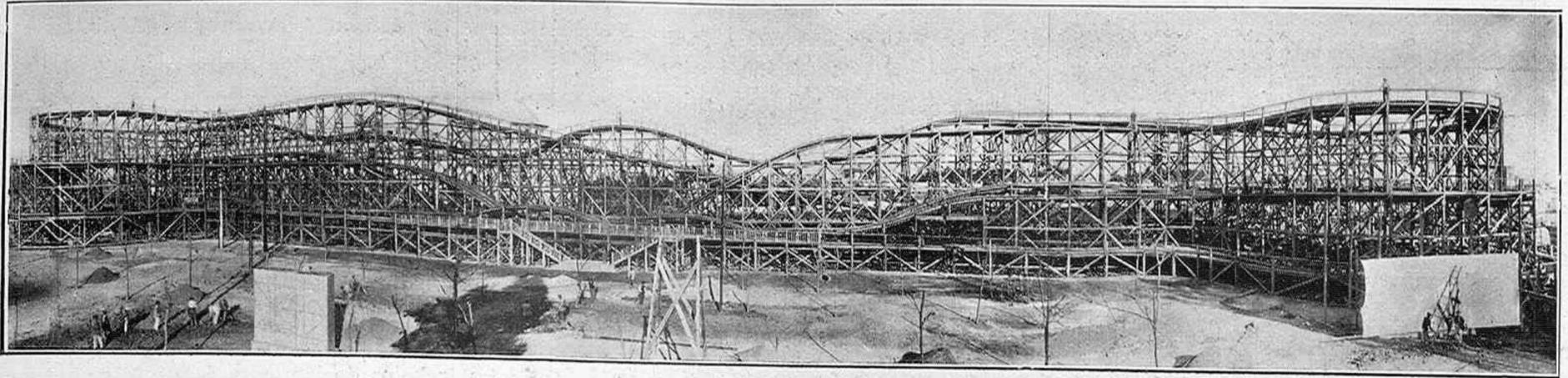
El salón de actos, secretaría y oficinas de la Casa Consistorial han sido notablemente modificados, habiendo podido observar, durante mi estancia en estas dependencias, se trabaja activamente en todas ellas, y es llevada con una escurpulosidad exagerada la administración municipal, causando la admiración de todo el vecindario y personas que visitan la ciudad.

Todo esto que hago resaltar al correr de la pluma pudo comprobarlo el ministro de la Gobernación, Sr. Martínez Anido, cuando fué á Consuegra, sacando una grata impresión de su visita.

La meritisima labor desarrollada por el infatigable é insustituible Sr. García Puch es por todos conceptos digna de loa, por haber realizado él solo lo que no consiguieron hacer entre todos los alcaldes juntos, que durante muchos años vinieron precediéndole en el cargo.

R. C.

El Parque de Atracciones de la Exposición Iberoamericana de Sevilla



La Montaña Rusa del Parque de Atracciones de la Exposición de Sevilla, durante el período de su construcción, y que hoy, ya terminada y artísticamente revestida, constituye una de las atracciones más emocionantes (Fot. Ducker)

SEVILLA, ó la Ciudad de la Gracia, como escribió aquel admirable José María Izquierdo. Esa gracia, inconfundiblemente sevillana, que es luz, y armonía, y alegría y claridad. Hay en el espíritu de la Exposición magnífica, que es hoy un legítimo orgullo de la vida española, la expresión justa de esa gracia—demos á la palabra su puro sentido helénico—que es la característica y el airón de Sevilla. La Exposición es, como la ciudad, luz, armonía, alegría, claridad. Júbilo y plenitud de vivir.

Esa concepción optimista y amable de la vida llena el espíritu de todo el que visita la Exposición. Allí pueden contemplarse no sólo el espíritu, y la tradición, y el progreso de España y los países de ella nacidos; allí—exigencia inexcusable del turismo mundial—puede también escucharse el latido frívolo de la vida moderna. Se ve que Sevilla no solamente trabaja, y que este trabajo suyo es el reflejo del trabajo de toda España; se ve que la ciudad no es únicamente archivo de arte y de tradición, arca de valores de raza y de signos de progreso. Al reflejarse en su Exposición, Sevilla sabe ser, íntegramente, la ciudad en que caben todos los aspectos. Sevilla es la ciudad que trabaja, que sonrío y que se divierte...

Visitad, como comprobación de ello, ese admirable Parque de Atracciones de la Exposición. Cuarenta y cuatro mil metros cuadrados de superficie. No hay hipérbolo al afirmar que se trata del mejor parque de atracciones de Europa. El espíritu más ávido de distracciones encontrará allí el marco ideal é inagotable.

Evoquemos rápidamente algunas de sus atrac-

ciones principales. Enumerarlas todas sería como describir una de esas cajas mágicas de las que salen, como en un sueño maravilloso, luces y colores. Recordemos, nada más, algunas de esas atracciones.

El *Scenic Railway*, ó Montaña Rusa, ofrece á la mirada del visitante una espléndida serie de perspectivas á lo largo de un recorrido de dos kilómetros. Funcionan en esta atracción seis trenes, en cada uno de los cuales caben treinta personas. Los descensos rapidísimos de los coches por esta Montaña Rusa tienen una gran emoción.

La *Water chute* es una torre de treinta metros de altura, á la que se asciende, para mayor comodidad del público, por medio de cangilones. Desde la plataforma de espera para el descenso, ofrece una incomparable vista panorámica de toda la Exposición. El descenso se hace en barcas de ocho personas cada una. Es una atracción deliciosa, porque acierta á juntar, á la vez, la suavidad y la rapidez en el descenso á su entrada en la piscina.

El *autódromo eléctrico* es una pista electrificada para automóviles, por la que se deslizan los coches conducidos por el mismo público.

La *ría misteriosa* ofrece el aspecto de una noria, que lanza el agua por canales de cemento, ocultos por túneles con vistas de países distintos (Suiza, Italia, la Costa Azul). Por esos túneles, merced á la velocidad adquirida por el agua al ser impulsada por la rueda, se deslizan barcas para cuatro personas, á una marcha que permite admirar los bellísimos panoramas citados antes.

El *Palacio de los Espejos* es un verdadero laberinto moderno. Espejos grandes, sorpresas, trucos, callejones sin salida. Recinto de la magia y de lo imprevisto, que mantiene al público en una continua hilaridad.

El *Palacio chino* es un *cabaret* al que puede con toda justicia calificarse como uno de los mejores locales de este género que hay en el mundo. Por la traza original y graciosa de su arquitectura, es un verdadero palacio chino. Un gran *parquet*, vidriería artística, decoración de estricta propiedad. Como anexo, una torre de veinticinco metros de altura, con varios comedores. Desde ella se goza una admirable perspectiva: el río y el puente de Alfonso XIII. Las luces exteriores é interiores, la citada decoración vistosísima, hacen de este palacio chino algo verdaderamente maravilloso, merecedor de toda suerte de elogios.

En el restaurante, instalado con los máximos lujos, hay una magnífica terraza, desde la que se domina toda la Avenida de la Raza y la Montaña Rusa. Su cocina y sus servicios son inmejorables. Y la excelencia de su iluminación da á este restaurante aspectos de escenario de gran novela cosmopolita.

El *Látigo* es una de las atracciones más originales del parque. Está movida á vapor, y sus coches dan vueltas rapidísimas sobre una plataforma metálica. En el *Látigo* se unen, á la vez, la emoción y la risa.

Parecida á esta atracción es la *Rueda diabó-*

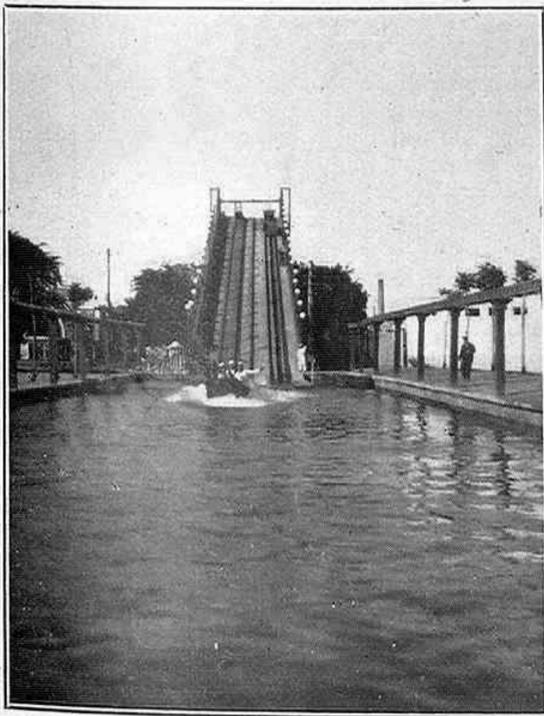
lica: una rueda concéntrica, movida por electricidad, que al girar lleva de un lado para otro, rapidísimamente, los coches que están sobre carriles en la plataforma.

La *Gran rueda* consta de una serie de asientos que imitan los cangilones de una gran noria. Está, como todas las atracciones del parque, espléndidamente iluminada. Su gran velocidad proporciona una gran emoción. Mas esta emoción no impide admirar plenamente los panoramas del parque.

Hay otro *carroussel* muy original, de cuyo eje central penden siete aviones. Al funcionar el aparato, éstos se elevan hasta una altura en la que se consigue conocer la sensación incomparable del vuelo.

Hay otro *carroussel*, el *ocho*, que tiene la forma de esta cifra. Marcha veloz, descensos rápidos; pero en todo ello una deliciosísima sensación.

Estas son, nada más, algunas de las atracciones del parque. Este tiene, además, las usuales en este género de recintos: tómbolas, quioscos para venta de refrescos, de objetos de arte, de perfumes, de recuerdos de Sevilla. Toda esta diversidad de atracciones está realzada por la esplendidez de la iluminación, que da al parque magnificencias deslumbradoras de cuento fantástico, de leyenda oriental. Este parque de atracciones de la Exposición Iberoamericana es, desde luego, el único de España. Y logra ser también uno de los mejores de Europa. Con él, Sevilla consigue ajustar el ritmo de su vida á lo que es hoy ritmo de la vida toda en el mundo: arte y alegría, esfuerzo y sonrisa, trabajo y frivolidad.



El «Water-Shoot» del Parque de Atracciones de la Exposición de Sevilla (Fot. Cuadrado)



El «Palacio chino» del Parque de Atracciones de la Exposición de Sevilla (Fot. Cuadrado)

La industria de bordados y mantones de Manila en España

La Casa Sucesores Viuda Porta, S. L.,
en las Exposiciones de Barcelona y Sevilla

ENTRE las Casas que en España se dedican á la fabricación de bordados finos, destacan los notables trabajos que realiza la de Sucesores de Viuda Porta, S. L., de Barcelona, que son admirados en los magníficos *stands* de esta Casa en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, mereciendo los elogios más entusiastas de los visitantes de ambos Certámenes.

Esta importante Casa, que cuenta treinta años de vida, se dió á conocer primeramente en los trabajos de bordados finos en mantelería, ropa de cama, ropa blanca de señora y niña, *trousseaux* para novias, *kimonos*, *écharpes*, cubrecamas de seda, cojines, cortinajes, etc., llegando á adquirir gran renombre en esta especialidad.

En el año 1924 empezó la fabricación de mantones de Manila, hasta cuya fecha casi la totalidad de los que se vendían en el mercado español se importaban de Cantón (China), alcanzando precios elevadísimos.

La Casa de los Sucesores de la Viuda Porta, al empezar esta clase de trabajos, necesitaba hacerlo en la forma á que la obligaba su gran renombre y el crédito comercial de que gozaba, prescindiendo de la fabricación en serie con seda artificial de nulo valor artístico, y á costa de laboriosos trabajos y cuantiosos gastos para la formación de personal especializado, ha logrado lanzar al mercado español y exportar al Extranjero mantones de Manila, tan perfectos y artísticos como los importados de China, con la sola diferencia de ser mucho más económicos.

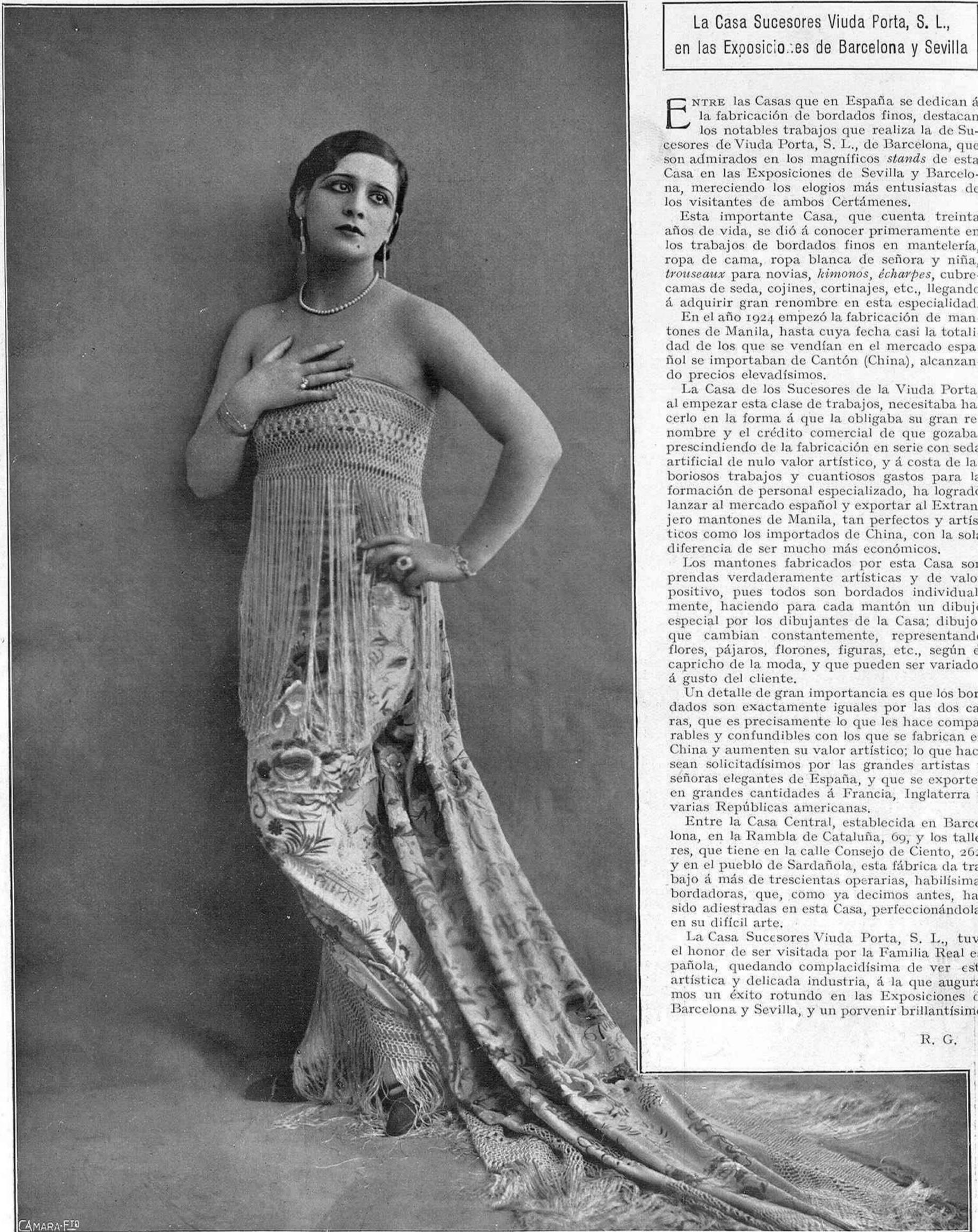
Los mantones fabricados por esta Casa son prendas verdaderamente artísticas y de valor positivo, pues todos son bordados individualmente, haciendo para cada mantón un dibujo especial por los dibujantes de la Casa; dibujos que cambian constantemente, representando flores, pájaros, florones, figuras, etc., según el capricho de la moda, y que pueden ser variados á gusto del cliente.

Un detalle de gran importancia es que los bordados son exactamente iguales por las dos caras, que es precisamente lo que les hace comparables y confundibles con los que se fabrican en China y aumenten su valor artístico; lo que hace sean solicitadísimos por las grandes artistas y señoras elegantes de España, y que se exporten en grandes cantidades á Francia, Inglaterra y varias Repúblicas americanas.

Entre la Casa Central, establecida en Barcelona, en la Rambla de Cataluña, 69, y los talleres, que tiene en la calle Consejo de Ciento, 262, y en el pueblo de Sardañola, esta fábrica da trabajo á más de trescientas operarias, habilísimas bordadoras, que, como ya decimos antes, han sido adiestradas en esta Casa, perfeccionándolas en su difícil arte.

La Casa Sucesores Viuda Porta, S. L., tuvo el honor de ser visitada por la Familia Real española, quedando complacidísima de ver esta artística y delicada industria, á la que auguramos un éxito rotundo en las Exposiciones de Barcelona y Sevilla, y un porvenir brillantísimo.

R. G.



La bellísima «vedette» Celia Gámez luciendo un rico mantón de la Casa Sucesores Viuda Porta, S. L., de Barcelona

(Fot. Calvache)

CÁMARA-FOTO

UNA PUNTA DE EUROPA

LA CIUDAD SONRISA

*Chorci, qu'eu non sabería
—je San Pedro non m'escoite!—
d'escoller, qu'escollería,
¡s'entrar na Cruña de noite
ou entrar no ceo de día!*

(A. GARCÍA FERREIRO.)

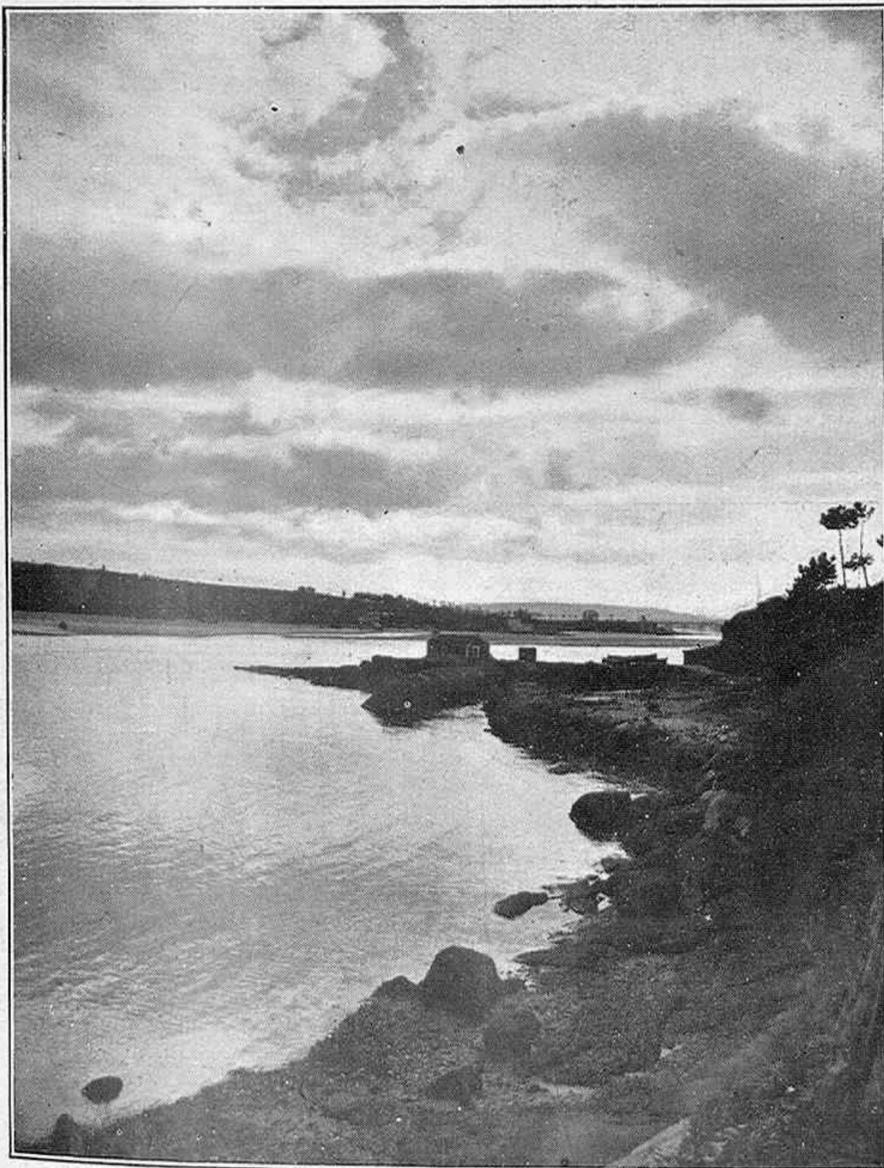
UNA ciudad, como una mujer, puede apasionarnos é inquietarnos por muchas razones y muchas causas. Se puede decir que, á las veces, ciudades y mujeres tienen encantos semejantes y espíritu idéntico. Hay ciudades refinadas, ciudades perversas, ciudades tristes y ciudades que saben sonreír con un encanto inefable é insospechado.

La Coruña—que tiene el *la* delante como una campechana feminidad simbólica—es una población que sabe sonreír mejor que ninguna. Con sonrisa de mujer joven y alegre, optimista y vivaz. Una sonrisa de amplitudes inefables, constante y contagiosa. Sonríe toda ella además. Desde su aspecto externo y su ambiente, á sus habitantes, que cualquiera diría que carecen de las inquietudes de los demás mortales.

No importa el tiempo ni la época. Verano, otoño, invierno; es lo mismo. La generalidad, animosa por temperamento, presta siempre á la ciudad esa fisonomía suya tan peculiar y tan encantadora. No importa la hora tampoco. Es lo mismo. Bulle siempre la gente por sus avenidas recién abiertas, por sus paseos y jardines, robados al mar sin protesta; por sus playas, y se escapa á sus alrededores, en los que el paisaje adquiere toda la fuerza emotiva, toda la imponderable placidez—de suavidades de raso—del agro celta, en el que la luz, cernida siempre, tiene una dulce melancolía que lo inunda y lo calma todo, bañándolo de un desmayo inédito, impalpable...



Vista desde una galería coruñesa
(Fot. Moscoso)



Alrededores de La Coruña

(Fot. Moscoso)

Pero, ¡cuidado!, esta luz que confundió al mismo Joaquín Sorolla, al punto de tener que exclamar un día: «¡con esta luz no se puede pintar!», pese á su dulzura y encanto, no es triste. La tristeza celta es un tópico. Un tópico amplió demasiado extendido ya, y que confundió incluso al gran Castelar también...

Para desmentir de un modo amplio y rotundo el tópico de la Galicia triste y sucia, atrasada y supersticiosa, ahí están sus ciudades: Vigo, con su espíritu inglés, progresivo y culto; Pontevedra, rodeada de campos ubérrimos, frente á un mar de maravilla; Lugo, invariable en su augusta vetustez nobilísima; Santiago, que parece imposible que no se haya derrumbado ya con el peso de su propia grandeza; Orense, íntegra en su escondida racialidad; pero sobre todas, La Coruña.

Pasead por sus calles limpias y cuidadas; recorred sus avenidas modernas; sentaros en sus jardines esmerados; alejaos aún de allí, y adentraos en sus villas y aldeas próximas, y veréis cómo bajo un cielo azul y transparente, sin brumas, sin lluvias, sin tedio, todo os grita una euforia espléndida, y cómo ante la mirada se ofrecen constantemente panoramas extensos, variantes, de riente luminosidad incomparable y única.

Quien conoce Galicia, quien visitó La Coruña, se explica el fervor de sus poetas y comprende hasta cierto punto cómo es de exacto aquel lamento, entre irónico y sentido, del fallecido García Ferreiro, que dice que lloró porque no sabría qué escoger: si entrar en La Coruña de noche, ó entrar en el Cielo de día...

¡Las noches de La Coruña! Si durante el día vibra la ciudad en animado holgorio feriante, de noche recobra un ambiente y una fisonomía también genuinas.

Compiendo con el oscilante lucerío celeste, abajo, como luciérnagas, desparramadas por sus rúas brillantes, animan esta ciudad sonrisa y luz, cuadriláteros luminosos, que surgen aquí y allá: en las fachadas, en las galerías donde á las veces la luna arranca argénteos reflejos, entre las masas umbrías de los parques, y en el puerto, donde las farolas hacen rielos caprichosos, en la movable arquitectura del mar...

Durante el estío se engalana con las multitudes abigarradas que colman sus paseos, sus playas, sus pintorescos aldeaños y su carreteras, por las que un tráfico fecundo y constante discurre á diario.

Y lo curioso de esta ciudad es que la animación veraniega no cesa, como en tantos otros pueblos, con los primeros fríos otoñales, cuando van los viajeros restituyéndose á sus hogares, sino que persiste por un milagro de perenne vivacidad, que hace pensar al viajero de cualquier época que ha entrado, mejor que en La Coruña, en «la ciudad alegre y confiada».

Pero sana y optimistamente alegre. Y confiada razonadamente, conscientemente.

Esa consciencia y ese convencimiento firme que las ciudades, como las personas, tienen cuando están seguras de sí mismas, y tranquilas, porque nada puede y debe inquietarlas.

E. E. O.

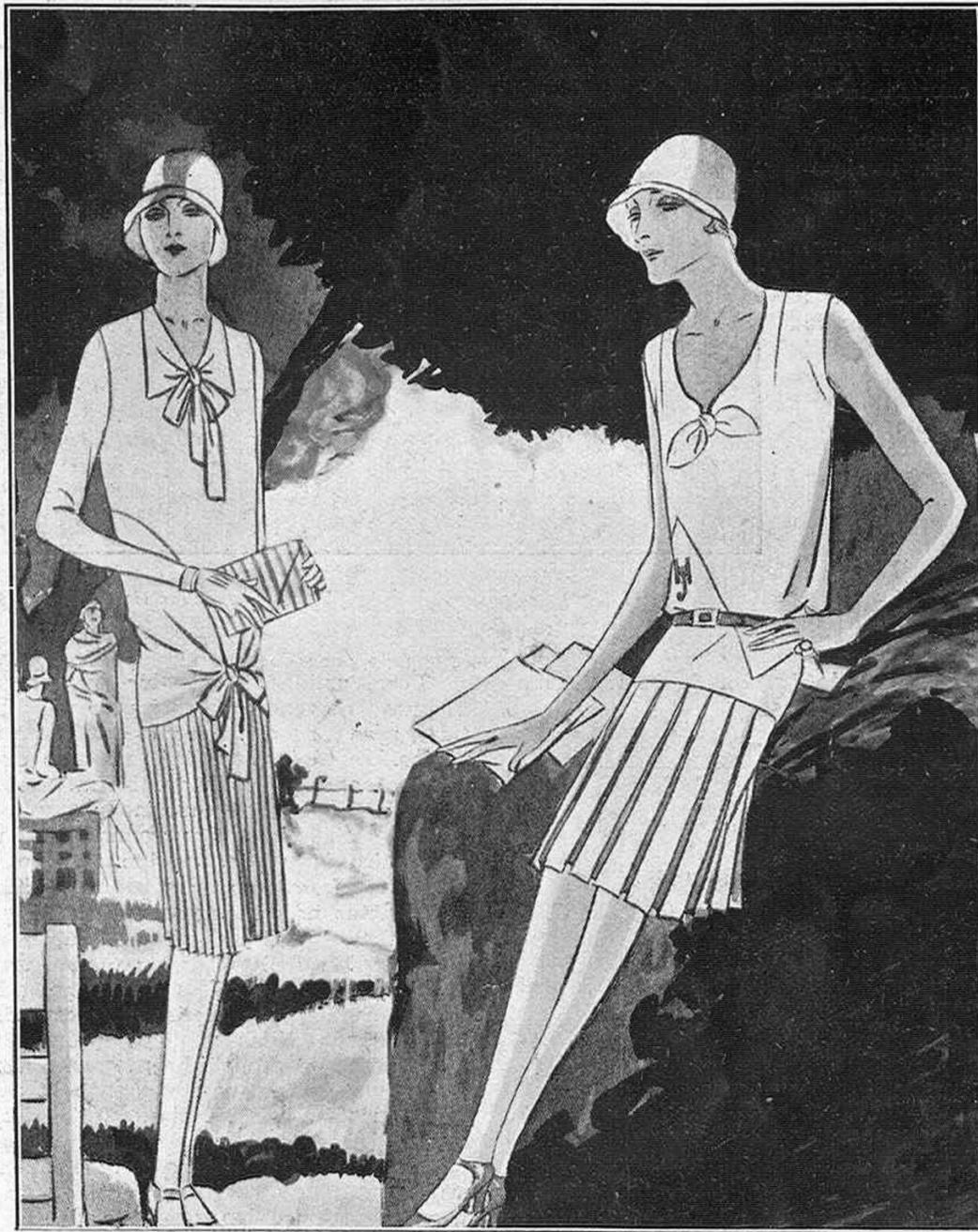


Vestido de noche en «taffetas» y cinta de «tissú» dorado

Elegancias



Vestido de noche en «georgette» negro, con un broche de brillantes



Dos lindos vestidos en «crêpe georgette» blanco, muy propios para la playa ó el campo

A estas alturas del verano, cuando todos los creadores de la moda habían convenido en que los fieltros eran insustituibles, salen diciendo aquéllos que no hay nada de lo dicho. La moda, como se ve, es voluble, y nunca se sabe cuál es, sobre ella, la última palabra. Las constantes, las fervientes admiradoras del fieltro no deben de dejar paso á las nuevas tendencias sin protestar y sin tratar, al menos, de demostrar que los sombreros actuales tienen ventajas de belleza, de comodidad y hasta de economía que no puede tener ningún otro.

Bien está que para estos meses rigurosos del verano se hagan sombreros de crin, de paja, de *tricot*; nada nos parece tan racional, dado el calor que hace; pero es que en las colecciones para el otoño é invierno de 1929-30 el fieltro está desterrado, y se le substituye por unos sombreros de piel ó de terciopelo que son algo detestable, por no favorecer en absoluto á la mujer. Comprenderíamos que no se admitiera como sombrero *habillé* el fieltro liso de forma sencilla; pero éste puede combinarse, como ocu-



Capelina de paja, con guarnición de cinta «gros grains» (Modelo Antoinette.—Fot. Hugelmann)

rre ahora, con paja, con *crêpe*, con otros mil materiales, pues hay ancho campo donde desenvolverse y donde crear muchas cosas inéditas.

Hay diversos modelos que sirven para demostrar esto que decimos: unos de alas grandes de fieltro y crin formando vainicas; otros de fieltro y paja trenzada de mediano tamaño y alas arqueadas, que descubren casi toda la frente... Formas pequeñas y ceñidas, capelinas, toquitas que enmarcan graciosamente el rostro...

Nuestra opinión es que muchas mujeres no aceptarán esta decisión de los modistos, y, á pesar de todo, seguirán usando el fieltro, especialmente para la calle, durante la mañana, para ciertas horas de la tarde, en los días lluviosos y para cultivar el deporte.

No puede, no, morir moda tan bella y tan práctica, á la que se debe la transformación de la silueta femenina; podrá decaer la boga un momento; pero de aquí al próximo invierno, los modistos habrán vuelto de su acuerdo, y las lindas cabecitas se tocarán de nuevo con estos exquisitos modelos.